

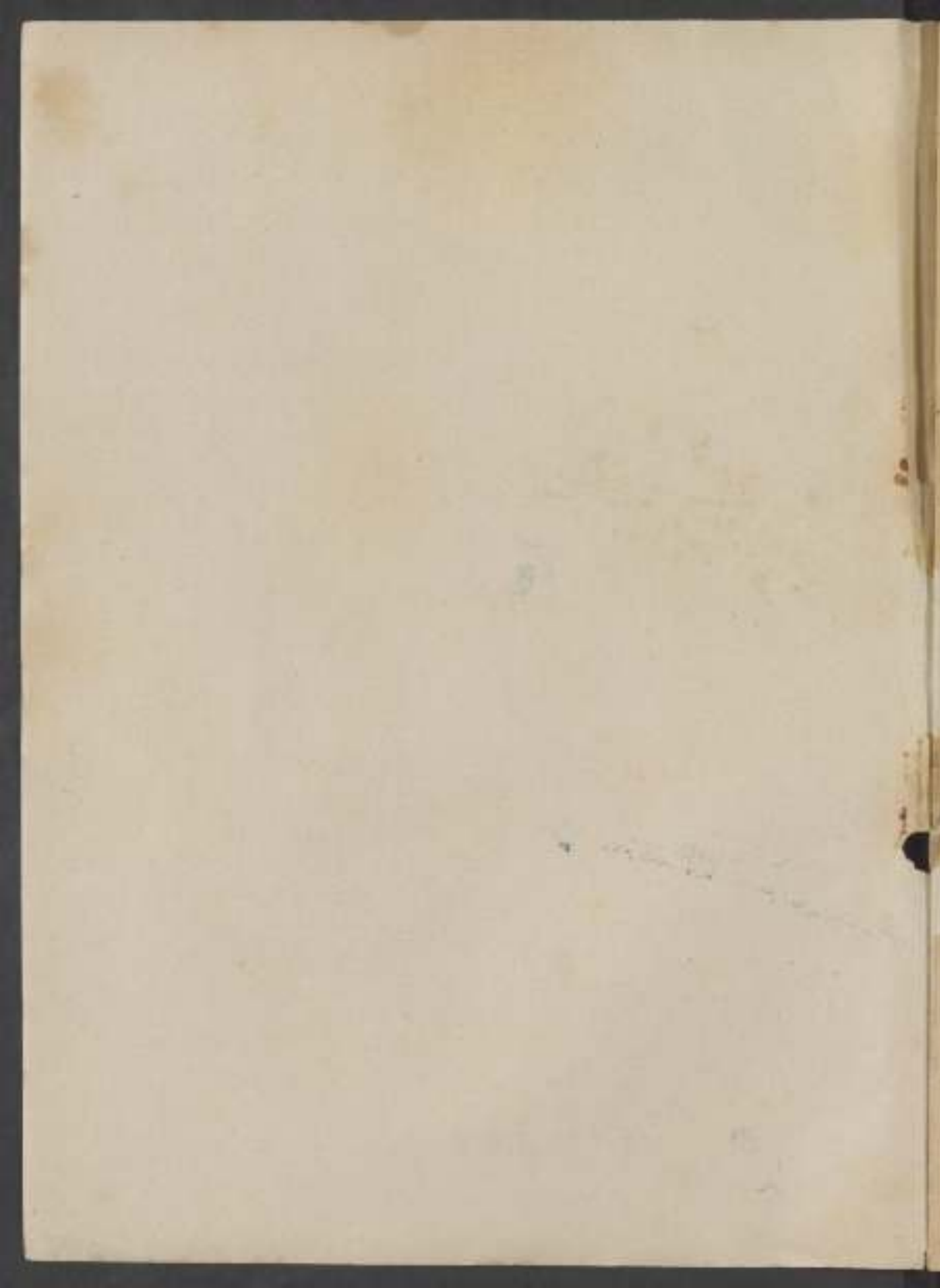
SHIRLEY TEMPLE
BARRY FITZGERALD
LON McCALLISTER



Editorial JAPAS

A Rienda Suelta









Reservados los derechos de
reducción y reproducción

ARTES GRÁFICAS ESTILO
Valencia, 234 - Teléfono 27 06 97
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

Director propietario: RAMON SALA VERDAQUER

Apertado 707 " BARCELONA " Teléfono 70657
Valencia, 234 " Dirección telegráfica: EDITALAS

AGENTE DE VENTAS Sociedad General Española de Librería
Barbón, 16, Barcelona - Tornera, 4, Madrid

EDITORIAL
"ALAS"

AÑO XVIII

SERIE ESPECIAL

NUM. 407

NUM. 156

A RIENDA SUELTA

Vuelve Shirley Temple para demostrarnos que no fué, simplemente, una niña prodigio, sino una actriz que, desde los tiempos de su niñez, era una artista completa y capacitada para interpretar cualquier clase de papeles. En «A RIENDA SUELTA», technicolor de Warner Bros., Shirley nos ofrece un asunto interesantísimo, lleno de sentimiento y acción.

Bajo la dirección de David Butler, «A RIENDA SUELTA» es una de las más apasionantes películas de la temporada por su feliz combinación de amor, aventura, humorismo y acción.

EDITORIAL ALAS, que en su día lanzó los argumentos de gran cantidad de películas de la artista precoz, que causó la admiración del mundo entero, publica también hoy la narración literaria de su última película «A RIENDA SUELTA» que será el encanto de sus lectores.

WARNER

Paseo de Gracia, 77
BARCELONA



BROS.

Plaza del Callao, 49-C
MADRID

PRINCIPALES INTERPRETES

<i>Margaret O'Hara</i> . .	Shirley Temple
<i>Shawn O'Hara</i> . .	Barry Fitzgerald
<i>Ted Knowles</i> , . . .	Lon McCallister
<i>Señora Howard</i> . .	Rosemary De Camp
<i>George Carson</i> . .	Donald Mac Bride
<i>Charles S. Howard</i> .	Pierre Watkin
<i>Thomas Millford</i> . .	William Forrest
<i>Murphy</i>	«Sugarfoot» Anderson
<i>Jockey George Woolf</i>	Wm. J. Cartledge

Director:

DAVID BUTLER

Narración literaria por

John Taintor Foote

EL MAGO IRLANDES

Después del larguísimo viaje, iniciado algunas semanas antes en Irlanda, Shawn O'Hara comenzó a demostrar por vez primera algún interés cuando su mirada descansó en los verdes prados de Kentucky que le recordaban su país natal. Aquel era un lugar bueno para los caballos y por lo tanto también para él. Sí, empezaba a gustarle su nuevo empleo.

El tren se detuvo al fin en la pequeña estación de Paris y Shawn O'Hara descendió presuroso, acompañado por su sobrina Margaret. La indumentaria de los dos era, desde luego, insólita en aquel lugar y los escasos habitantes de Paris, que pudieron ver sus abrigos a cuadros y el cuello de pajarita del viejo Shawn, tardaron algunos minutos en recobrar el aliento. Pero el más asombrado de todos fué el larguirucho negro que se acercó a ellos monoseando su sombrero de paja.

—Oiga... ¿Son...? ¿Serán ustedes...? —tartamudeó.

—¿Sería usted tan amable como para indicarme si un cierto señor Millford, que se dedica a la cría caballar, vive por las cercanías? —le interrumpió Margaret con su purísimo y correcto acento inglés.

El negro se rascó la cabeza, porque no comprendía aquel lenguaje y exclamó al fin:

—No comprendo muy bien lo que me dice, señorita. Yo vengo a buscar a unos que van a la granja del señor Millford. Son dos forasteros.

—Pues somos nosotros —dijo Margaret, aliviada—. Este es el señor Shawn O'Hara y yo su sobrina. Venimos de Irlanda. Y el señor Millford nos espera.

—¡Eso, eso! Son los que yo busco —exclamó el negro—. Yo soy el chico del señor Millford.

—¿Ha dicho su chico? —preguntó Shawn en voz baja, temiendo haber aceptado un empleo a las órdenes de un caballero negro.

—Sí, señor. Me llamo Murphy.

—¿Ha dicho Murphy? —repitió Shawn, encantado con la idea de encontrarse ante un compatriota, aunque algo oscuro de color.

—Sí, Murphy «el andorín». Me llaman así porque los Murphy de por aquí siempre están sentados. Yo, ando.

—¿Y de qué lugar de Irlanda es usted? —indagó Shawn, aun receloso.

—No lo sé exactamente, señor —contestó el negro—. ¡Ah! casi se me olvida repetir lo que me dijo... —Hizo una pausa y haciendo un amplio gesto con el sombrero, exclamó—: ¡Bien venidos a Kentucky, el Estado de las Praderas!

Una hora más tarde, tío y sobrina se apearon del automóvil ante el edificio central de la espléndida granja de Millford y éste —hombre elegante y de aspecto muy agradable— acudió a recibirles cordialmente. Y después de los saludos de rigor, dijo a Margaret:

—Ya hice lo necesario, señorita, para que pueda continuar sus estudios de enfermera en el hospital de la localidad.

—Nunca podré agradecersele bastante, señor Millford.

—Me lo agradeceré pasando aquí con nosotros todo el tiem-

po que tenga libre —replicó Millford con golantería—. Ahora, si quieren, les acompañaré a sus habitaciones.

—Si le es igual, señor, prefiero ver primero los caballos. Sobre todo, los potros —dijo Shawn.

—Tío Shawn siente nostalgia, señor Millford —observó Margaret sonriendo.

—Vengan conmigo.

Y Millford les llevó hasta la blanca cerca que rodeaba un amplio espacio de alta hierba donde pacían una veintena de ágiles potros. Shawn los contempló, embelesado, murmurando:

—¡Ah, eso es lo más bonito del mundo!

—¿Hay alguno que le guste? —preguntó una voz irónica a su espalda.

Se volvieron para ver a un hombre en mangas de camisa y de rostro duro, pero simpático. Era Carson, el entrenador de las cuerdas de Millford y éste, después de haberlos presentado, añadió:

—Shawn nos será muy útil aquí, Carson.

—Eso lo creeré cuando lo vea —dijo el entrenador con franqueza, pues no le agradaba que alguien viniera a darle consejos o compartir su reino en la granja Millford—. Oí decir que era usted un mago, Shawn, y que mirando simplemente a un potrillo ya puede decir si será un campeón o un jaco vulgar.

—Exagera usted mi habilidad, Carson, pero...

—Pero por eso ha venido usted aquí, Shawn —le recordó Millford.

—¡Ni nosotros podemos asegurar nada aunque se trate de un potro de dos años! —protestó Carson—. A veces vendemos caballos que, luego, resultan campeones.

—Estoy segura de que, en efecto, han vendido muchos caballos que debieron haber conservado, señor Carson —exclamó Margaret, que advertía la rivalidad que aquel hombre sentía hacia el viejo irlandés—. Pero si desea pruebas le diré que durante todos los años que tío Shawn ha estado de entrenador de lord y

lady Maitland no se vendió ni un solo potro que luego fuera campeón.

—Bueno, bueno, Margaret — la interrumpió Carson —. Ahora, ¿quiere usted revelarme su secreto?

—¡Oh, es muy fácil! En lo que a caballos se relaciona, tío Shawn es un mago y está en relación con gnomos, duendes, hadas...

—¿Es decir que van a venir las hadas a seleccionar nuestros caballos? — preguntó Carson —. En tal caso me voy, jefe. Puede usted aceptar mi dimisión.

—Nada de eso, George — dijo Millford, sonriendo —. No lo tomes así. Tú y Shawn me serviréis de mucho.

—Pues si tiene tales poderes mágicos — observó el celoso Carson —, no comprendo cómo lord y lady Maitland no lo guardaron bajo siete llaves.

—Sí, tiene usted derecho a saber por qué he venido a América — dijo Shawn dando un suspiro, mientras Margaret se alejaba unos pasos, para no oír lo que iba a relatar —. He decidido no volver a preparar caballos para carreras de obstáculos. Sin duda recordará usted el Gran Premio de Aintree.

—Lo recuerdo.

—Yo preparé al famoso «Black Watch». El jockey era Danny, el hermano de Margaret — siguió diciendo Shawn —. Era un gran muchacho y un excelente jinete. Desde luego, «Black Watch» era el mejor caballo y Danny el mejor jockey. Eramos los favoritos y teníamos la victoria segura... «Black» volaba por encima de los obstáculos, pero, al llegar al último, tropezó, cayó sobre Danny... Cuando llegué, tanto el caballo como el muchacho habían muerto. Durante treinta años había estado preparando caballos para lo que se llama el deporte de los reyes. Pero aquel día, en Aintree, me dije que cuando se matan un excelente muchacho y un buen caballo, eso es casa del demonio y no de reyes... Buena parte de mi corazón se quedó en la tumba de Danny. Y en

cuanto a Margaret sólo confío en que el tiempo consiga disipar su tristeza.

—Nosotros procuraremos ayudarles a los dos, Shawn — dijo Millford, apenado.

* * *

Aquella noche, cuando Margaret llegó a la granja Millford para pasar el fin de semana, sorprendió a su tío que se disponía a salir llevando una zanahoria en la mano, y se empeñó en acompañarle para ver qué hacía. Shawn protestó, pero al fin acabó accediendo y los dos se dirigieron al cercado de los potros, que se hallaban pociendo en el otro lado de la valla.

—La hierba les gusta mucho, Margaret, pero prefieren las zanahorias a cualquiera otra cosa. Los potrillos han aprendido que cuando los llamo, el primero que llega hasta aquí obtiene el premio. Fíjate bien, ¡Potro! ¡Potro! ¡Potro! — exclamó con ayuda de una pequeña bocina.

Los graciosos animales enderezaron las orejas y emprendieron rápidamente el galope hacia el lugar desde donde los llamaban. Uno boyó, de corta talla y aspecto no muy brillante, llegó bastante antes que los demás y Shawn le dio la zanahoria mientras le acariciaba la frente.

—Y aun puede correr mejor — dijo a su sobrina —. ¿Te has fijado en la firmeza de sus trancos? Desde luego, es pequeño de cuerpo, pero grande de corazón.

—¿Cómo se llama? —preguntó Margaret.

—«Seabiscuit». Algún día se hará famoso con ese nombre. Ahora volvamos a casa.

—¿Por qué haces eso de noche? Mejor lo harías de día.

—Sí, y lo verían todos. Y nadie diría que yo soy capaz de señalar a un buen caballo con sólo mirarlo. Afirmarían que soy un viejo pícaro que sabe muchos trucos.

—Eres un viejo zorro, tío —exclamó Margaret, riéndose.

—Di lo que quieras, pero oye este consejo: cuando te sientas interesada por un hombre, no le dejes ver lo simple que eres. Envuélvete un poco en el misterio.

—Oye, tío Shawn, eso ya lo sabe toda chica desde que usa pañales.

A la mañana siguiente, Millford, Carson y Shawn se hallaban en la explanada que había ante los cuadros seleccionando los potros que debían quedarse en la granja y los que estaban destinados a la venta. Al principio desfilaron varios de ellos, sin que hubiera diferencias de opinión, pero el conflicto comenzó con la aparición de «Hurry On», presentado por el mozo negro como hijo de «Push On» y «Weedding Ring».

—Tendría que ser más pesado —observó Millford—. Muy alto; quizá, ¿Qué dices tú, Carson?

—No servirá para distancias —dijo el entrenador—. Véndalo.

—¿De acuerdo, Shawn?

—No. Se agotará tal vez en ochocientos metros, pero esa distancia la cubrirá bien y rápidamente —contestó el irlandés—. Puede ganar algunas carreras de poca importancia. Yo no lo vendería.

—Véndelo al establo —ordenó Millford, sin vacilar.

«Sweet Sue», de «Time Supply» y «Mary Ellen» —dijo otro mozo presentando un caballo castaño de bonita estampa.

—Muy bonita, desde luego —opinó Millford—. ¿De acuerdo, George?

—Siento estar siempre en desacuerdo —gruñó Shawn—, pero

yo no daría ni un chelín por ella. No tiene «fuego». Tan pronto llega la última como la primera.

—Entendido, a la venta —dictaminó Millford.

Entonces estalló George Carson:

—¡Esto se acabó! La verdad es que ustedes ya no me necesitan aquí. Me marchó. ¿Quién es el preparador, él o yo? Esto no es Irlanda, es Kentucky. ¡Ni siquiera sabe de dónde proceden estos potros!

—En esto tiene usted razón, Carson —admitió Shawn —, pero a algunos de esos potros basta mirarlos para saber si servirán o no.

—Buena, George —le interrumpió Millford —, selecciona ahora tú solo. Te aseguro que Shawn y yo no abriremos siquiera la boca. Vamos a seguir. ¿Quién es éste? —preguntó al ver a un pequeño potro bayo.

—«Seabiscuit», de «Hardtack» y «Swing On». Siempre ha sido un poco torpe —observó el mozo que lo llevaba de la brida.

—Sí, lo parece —dijo Millford, meneando la cabeza—. Fíjase en estas rodillas. Tan grandes como las de un potro de cuatro años. Vaya, George, creo que no te será difícil decidir con respecto a él.

—¡Para la venta y cuanto antes! —exclamó Carson.

—Si aquel caballo no hubiera sido su favorito «Seabiscuit», Shawn no habría faltado a lo que se pactara poco antes. Pero, ahora, no estaba dispuesto, ni mucho menos, a batirse en retirada. Y observó avergonzado:

—Había dado mi palabra y puede usted llamarme lo que quiera, señor Millford, pero debo decir lo que siento. Le ruego, le suplico, que no venda usted ese potrillo.

—Buena, ¿qué le parece eso? —preguntó Carson, indignado—. Jefe, ya he soportado bastante esta mañana. Pero si se queda usted con ese jaco, simplemente porque lo dice el «experto irlandés», me voy ahora mismo.

—¡Pero, hombre, no sabe usted lo que dice! —gritó también Shawn, enfureciéndose—. Yo me iré con mucho gusto de aquí,

para no molestarle más, pero con una sola condición, que den una oportunidad a este potro para que demuestre lo que puede hacer:

—Por un simple potro, no se irá nadie de aquí — decidió Millford, atajándoles a los dos —. Shawn, he de mantener lo que prometí a George. Para la venta.

—Día llegará en que se arrepienta usted amargamente, señor Millford —. Entonces daría usted cualquier cosa por ser otra vez su dueño.

Millford y Carson se echaron a reír, tomando aquella afirmación por una extravagancia más del pequeño y viejo «mago irlandés».

UN JOCKEY Y UNA MUCHACHA

—¡Hola! exclamó el jinete cuando detuvo su caballo junto a Margaret O'Hara.

—Buenos días.

—¡Y tan buenos! ¿Se acuerda de mí?

—¿Un mozo de cuadra?

—¡Oiga, nena...! —protestó él, riéndose—. Soy Ted Knowles.

—¿Debo sentirme muy impresionada?

—Soy el primer jockey de los caballos del señor Millford y he ganado muchas carreras... Tiene usted el mismo acento que su tío, pero en usted me gusta.

—¡Vaya, es usted muy rápido! —dijo Margaret cuando el joven dió su caballo a un mozo y se situó a su lado.

—De eso me precio, por lo menos.

—Debi haber comprendido que era usted un jockey. Tienen ustedes algo especial que los distingue.

—¿Las piernas torcidas tal vez?

—No, es algo interior, algo del espíritu como si dijéramos.

—¿Cómo se llama usted, señorita?

—Margaret O'Hara.

—Margaret... Le diré una cosa, Margaret. Esta temporada ganaré para usted mi primera carrera, si me promete que irá a presenciarla y que apostará por mí.

—No, eso nunca —dijo ella dejando de sonreír.

—¿Por qué no? —preguntó él, asombrado por el súbito cambio de la muchacha.

—Sería revivir unos momentos que aun me atormentan.

—No comprendo... Margaret, aun he de montar otros dos caballos. ¿Dónde podré verla otra vez?

—En ningún sitio.

—¿Tanto le desagrada?

—No me desagrada usted, Ted. Pero es un jockey. Adiós.

Y le abandonó, dejándole boquiabierto por el asombro. Pero, en cuanto se repuso se acercó al viejo Shawn que estaba acariciando a «Seabiscuit». El potro, ignorante de lo que se había decidido acerca de su destino, pacía en unión de sus compañeros destinados a ser vendidos.

—Hola, Ted. Tienen mala suerte esos pobres. Pronto vendrán los camiones a buscarlos.

—Su sobrina es muy simpática, ¿verdad? —replicó el jockey.

—No pienso llevarle la contraria en eso, joven.

—Yo quisiera saber si a usted le molestaría que saliera con ella. Temí que tampoco a usted le gustasen los jockeys... Su sobrina Margaret es un misterio. Si usted, señor O'Hara, quisiera hablarle en mi favor...

—Mire, muchacho, conociéndole a usted, sé que no precisa de mi ayuda. Pero, en fin, no tengo inconveniente en hablar por usted, si quiere hacerme un favor en cambio...

—Lo que usted diga —prometió Ted Knowles.

—No es mucho. Compre ese potro. «Seabiscuit».

—¿Ese jaco? —preguntó Ted, asombrado—. ¿Para qué?

—Me gusta.

—¡Pero si no vale nada! George está seguro, pues en caso contrario no lo vendería.

—Pues está tan equivocado como todos.

—¿Y por qué no lo compra usted, señor O'Hara?

—No pueda hacerlo mientras sea preparador para otros.

—Tampoco yo —dijo Ted antes de alejarse, preocupado.

Shawn se vió perdido, pues antes de muy poco «Seabiscuit» iba a ser vendido en pública subasta. Y él estaba muy seguro de la extraordinaria calidad del potro bayo. Por eso, cuando vió a Margaret que se acercaba la interpelló diciéndole:

—Antes de irte, Margaret, hazme un favor.

—¿Qué es, tío Shawn?

—Que uses de tus encantos con Ted y hagas lo que puedas para convencerle de que compre a «Seabiscuit».

—Ya sabes que siempre procuro complacerte, pero eso, tío Shawn...

—Por favor, Margaret...

Ella no pudo resistir su súplica, y así, a pesar suyo, se dirigió al encuentro de Ted, al que saludó amablemente, cosa que causó grande alegría al muchacho, que respondió, radiante de satisfacción:

—¡Hola, Margaret! Oiga, yo creo que su tío está algo loco. Ese potro es una perfecta inutilidad. Eso puede verlo cualquiera.

—El tío Shawn ve más que todos —dijo Margaret, muy seria—. Tiene vista mágica. Y si él dice que «Seabiscuit» vale mucho, no hay la menor duda de que tiene razón.

—Ya, una información especial como se dice en las carreras, ¿verdad? —preguntó Ted, irónicamente.

—Eso es. Procede del mundo invisible.

—¿De quién?

—Los irlandeses, gracias a sus poderes mágicos, hablan con los duendecillos y se enteran de muchas cosas —añadió Margaret, sonriendo de un modo irresistible a Ted—. Eso nunca les falla.

—¿Y usted también habla con esa gentecilla?

—A veces... Y me dijeron algo con respecto a usted.

—Buena, pero nadie logrará convencerme de que compre ese potro.

—¿Ni siquiera yo, Ted? —preguntó ella, apoyando una mano en su brazo.

Ted estaba vencido de antemano, y así, muy decidido, se dirigió al despacho del dueño de la granja Millford y le dijo:

—Mire, señor, me he encaprichado por uno de los potros que va usted a vender. Se llama «Seabiscuit». Y si fija por él un precio razonable, quisiera comprárselo.

Millford sospechó en seguida que todo era una estratagema de Shawn, pero decidió comprobarlo y dijo:

—Háblame con franqueza, Ted. ¿Quién te ha convencido para que hagas eso?

—¿No se enfadará usted con nadie si se lo digo?

—Te doy mi palabra.

—O'Hara lo ha retenido, separándolo de los demás. Y yo he prometido... a cierta persona, comprarlo por mi cuenta.

—¿A O'Hara?

—No, a su sobrina. Ella entiende mucho de caballos.

—¡Ah, ya! —exclamó Millford echándose a reír—. Pero ya sabes que el reglamento prohíbe a un jockey correr en sus propios caballos.

—Claro, pero yo podría prepararlo bien y, luego...

—¿Y luego, qué?

—Pues si de veras vale algo, podría venderlo... ¡Bueno, se lo vendería a usted mismo! —confesó sonriendo.

—No es mala idea —contestó Millford, divertido—. Ya estamos otra vez donde empezamos. No, Ted, lo mejor es que yo me quede con él.

—¡Estupendo, señor Millford! —exclamó Ted antes de salir corriendo del despacho, para dar la buena noticia a Shawn y a su sobrina.

Esto ya se había marchado a la ciudad, y Ted, después de dar un alegrón al preparador, que torzadamente se había salido con la suya, hubo de esperar una semana hasta que Margaret tuviese un día libre. Y, al fin, pudo coger un coche y volar a la ciudad

para pararse ante la puerta del hospital donde la muchacha hacía prácticas como enfermera.

—¡Me alegro de volver a verla! — exclamó en cuanto ella apareció en el umbral de la puerta.

—Gracias — contestó Margaret, fríamente —. Y, a propósito, gracias también por lo de «Seabiscuit».

—¡Oh, no vale la pena hablar de eso!

—¿Qué hace usted aquí?

—Es su día libre, ¿no es cierto? — replicó él abriendo la portezuela del coche —. La llevaré a la granja.

—No voy a la granja.

—¿Por qué no?

—Porque tengo trabajo. He de estudiar, preparar algunas cosas...

—En secreto le diré que no la creo a usted, Margaret — la interrumpió él.

—Oiga, Ted, no quiera ir a ningún sitio.

—De acuerdo. La llevaré a casa o a donde quiera.

Durante el corto trayecto los dos guardaron silencio y Ted se preguntaba, intrigado y defraudado, por qué ella había cambiado tanto en pocos días, desde la última vez que hablara con ella. Y cuando detuvo el automóvil ante la casita donde se alojaba Margaret, la detuvo cuando la joven se disponía a alejarse y le dijo:

—Un momento, Margaret, ¿qué le pasa? ¿Qué le he hecho yo? La semana pasada llegué a creer que...

—La semana pasada coquetéé un poco con usted para hacer un favor a tío Shawn — dijo Margaret crudamente —. Ya sabe usted que deseaba quedarse con «Seabiscuit» para prepararlo. Pero insisto en que si lo hice fué solamente porque me lo pidió tío Shawn.

El vaciló un momento, pero, al darse cuenta de que Margaret parecía a punto de echarse a llorar, meneó negativamente la cabeza y contestó:

—No, Margaret, no sabe usted mentir. No fué eso. Vamos, dígame la verdad.

—Está bien, se lo diré. Quizá debiera haberte hablado antes, pero todo fué tan rápido que ni tiempo tuve de iniciarlo... Yo vi cómo mi propio hermano se mataba en una carrera de caballos, en Irlanda... y era el mejor jockey del mundo.

—¡Pobrecilla! —exclamó él acariciándole un brazo.

—Yo no podría soportar que una persona a quien quisiera estuviese corriendo día tras día, siempre expuesto a la muerte. Por eso no quiero enamorarme de usted.

—Comprenda su punto de vista, Margaret. Pero aquí diríamos que los días de su hermano ya estaban contados. Lo mismo le hubiese ocurrido en un coche, en un avión o yendo tranquilamente por la calle... igual como le ocurrió en la pista. Sin embargo, eso no debe ser un obstáculo entre nosotros dos... ¡yo la quiero a usted, Margaret!

—Gracias, Ted —murmuró ella, sin corresponder a su entusiasmo—. Lamento que lo haya dicho. Es un duro golpe para mí. Yo soy cobarde, Ted, no soy la mujer que merece un hombre como usted.

Y, dando media vuelta, echó a correr hacia la puerta de la casa, dejando sola, terriblemente deprimido y desilusionado, al pobre jockey, que no acababa de creer en su mala suerte.

* * *

Los meses que siguieron fueron una dura prueba para la paciencia de George Carson, el entrenador de las cuadras de Millford. Pese a todo, Shawn había logrado conservar a «Seabiscuit», al que dedicaba todas sus atenciones y cuidados.

No obstante, el potro, montado por Ted Knowles, no obtenía los resultados que el irlandés prometía. Corría fácilmente, sin aparente cansancio, pero no se esforzaba en llegar a la meta antes que sus competidores. Y eso, que desesperaba a Shawn, causaba verdadero regocijo a Carson, que veía así confirmada su opinión de que el potro no era apropiado para tomar parte en carreras importantes.

Millford, deseoso de mantener la paz, procuraba tranquilizar a Carson y al mismo tiempo inscribía a «Seabiscuit» en carreras de segunda categoría, sin que, hasta el momento, el potro hubiera obtenido una sola victoria, aunque, al parecer, iba mejorando su marca. Su conducta era siempre la misma; comenzaba la carrera llevando notable delantera a todos los caballos y luego, poco antes de llegar a la meta, aflojaba la velocidad de su tranca y se dejaba pasar por los demás, que obtenían el triunfo, defraudando a los optimistas que apostaron por el potro bayo de corta talla y nudosas rodillas.

Shawn O'Hara y su sobrina Margaret habían tomado asiento en una de las graderías del hipódromo y el viejo preparador irlandés comentó:

—Me hubiera gustado estar más cerca de la meta, pero preferí estar algo escondido. Carson y el señor Millford me creen en la granja. Quiero saber qué diablo le ocurre a «Seabiscuit». Hasta ahora ha corrido ya once veces... y no ha ganado ninguna.

—¿Qué puede ocurrirle?

—Misterio. Carson debiera haberlo averiguado, pero ahora seré yo quien lo vea con mis propias ojos. Toma parte en esta carrera de mil metros. Y lo monta un viejo amigo tuyo: Ted Knowles.

Miró de reojo a su sobrina y vió como enrojecía. Luego, excitado al advertir que alineaban ya a los caballos, añadió:

—Lleva el número tres. Buen sitio. No podrán ponérsele delante. Ted se cuidará de ello. El sabe muy bien llevar a un buen caballo como «Seabiscuit».

Se oyó un disparo y la veintena de caballos tomó la salida.

Un instante después «Seabiscuit» llevaba netamente la cabecera del grupo y, con aparente facilidad, iba distanciándose de sus seguidores, sin necesidad de ser animado con la fusta. Los espectadores gritaban entusiasmados y el viejo Shawn chillaba excitadísimo, como si su potro pudiera oírlo. Luego, de repente, cuando faltaba ya poco para llegar a la meta, «Seabiscuit» fué alcanzado, desbordado, y llegó casi en último lugar a la meta.

Sería difícil describir la humillación y la tristeza del preparador. Se puso lentamente en pie, como un anciano fatigado y arrastrando los pies, se dirigió a la tribuna ocupada por Carson y por Millford, quienes se sorprendieron extraordinariamente al verlo.

—¡Caramba, Shawn! ¿Qué hace usted aquí? —preguntó el dueño de la Granja.

—Yo lo sé —exclamó Carson—. Vino a ver ganar a su caballo. ¿Tiene dos años y ya está cansado? —añadió burlonamente.

—Bueno, hija, acabo de ver el fracaso del caballo que usted me hizo conservar —suspiró Millford, mirando a Margaret.

—Hoy tuvo mala suerte —contestó ella—. Otro día lo hará mejor.

—Debe de ser una locura de la familia —dijo Carson llevándose un dedo a la sien.

—Escúchenme los dos —exclamó Shawn, saliendo de su abstracción—. Han visto perder a un caballo que debiera haber ganado con facilidad.

—¡Hombre, eso ya es inaguantable! —estalló Carson—. ¿Ya empezamos otra vez?

—Le voy a pedir otro favor —añadió Shawn sin hacerle caso—. Quisiera ir a las cuerdas y hacer una pequeña rectificación en las anteojeras de «Seabiscuit».

—Y de paso, recórtele un poco de crin —aconsejó burlanamente el entrenador—. Quizá su peso lo perjudica.

—¿Qué dice usted, señor Millford? —preguntó Shawn.

—Con usted, irlandés, me río más que con las revistas cómicas —dijo Carson.

—¿Qué dice usted? — insistió Shawn.

—George tiene la palabra, por algo es el entrenador — contestó Millford, finalmente.

—Pues ahórrese este trabajo, irlandés — anunció Carson —. No llevaremos a «Biscuits» a ningún otro hipódromo. De aquí vuelve a la granja a pasar el invierno. Y en la primavera...

—George manda — sentenció Millford poniéndose en pie para abandonar su palco.

HACIA EL SUR

El invierno fué muy húmedo y la vieja costumbre de Shawn de visitar a sus potros en plena noche, fué la causa de que fuera fácil presa de un catarro que le hacía toser y gruñir, hasta casi agotar la paciencia de Libby, la cocinera negra de la Granja Millford. Y cuando Margaret llegó a la casa para pasar el fin de semana, encontró a su tío hundido en un sillón, cubierto de mantas y temblando junto al fuego de la chimenea encendida.

Pero, pese a su enfermedad, Shawn aun tenía ánimos para pelearse con Libby que parecía empeñada en hacerle tomar un vaso lleno de un té con especias que causaba especial repugnancia al paciente. Al oír los gritos de las dos, Margaret entró a visitarle y preguntó:

—¿Qué escándalo es ese?

—No quiere tomar el té con sasafrás, señorita —se quejó la cocinera negra.

—¿No te da vergüenza, tío Shawn?

—Esa pócima es mucho peor que la tos.

—Lo que queremos es que te cures, tío Shawn.

—Lo que pretendéis es matarme —dramatizó el enfermo—. Dame un vaso de agua, Libby, y arroja al fuego ese veneno.

Mientras la negra servía un vaso de agua a Shawn, Margaret abrió la despensa y, sin que la viera nadie, echó un trago de buen whisky en el té, que luego ofreció a su tío diciéndole:

—Vamos a dejarnos de tonterías, tío Shawn. Bebe eso.

El meneó la cabeza, negativamente, y Libby dijo a la joven:

—Se ha vuelto muy huraño en estos días. Siempre refunfuñando, señorita. Le doy té con sasafrás, que es muy bueno para suavizar los bronquios.

—¡Llévate eso si no quieres que te rocíe de gérmenes! —la amenazó el iracundo Shawn.

—¡Pruébalo, hombre, por favor! —rogó Margaret—. Hazlo por mí.

El obedeció, pero, apenas lo hubo probado, dió un suspiro para expresar su satisfacción al sentir el sabor del whisky y se lo bebió de un trago mientras comentaba:

—¡Y pensar que he estado tirando al fuego ese néctar! Mira, creo que ya me encuentro mejor.

Dejando más tranquilo a su tío, Margaret fué al encuentro de Millford, que, como de costumbre, la recibió amablemente y le dió detalles acerca de la enfermedad de Shawn, al que parecía sentarle de modo desfavorable la humedad de la región.

—Creo que le convendría un clima más cálido —observó preocupado, pues apreciaba sinceramente al viejo preparador—. Aquí no cesa de toser y se impacienta al no poder dedicarse a su trabajo.

—¿Dónde cree usted que podríamos ir, señor Millford? ¿Conoce algún lugar bueno para él?

—¿Piensa acompañarle?

—Desde luego.

—¿Y sus estudios de enfermera?

—Me dedicaré a ser enfermera suya hasta que se haya recuperado.

—En tal caso, creo que debieran ir a California, Charlie Ho-

ward acaba de comprar allí un rancho para la cría de caballos de pura sangre y seguramente podrá darle trabajo.

—Eso sería magnífico.

—Ya le escribiré, recomendándole a su tío.

—Gracias, señor Millford. Muchas gracias.

La recomendación surgió su efecto con tal rapidez que, quince días más tarde, Shawn y su sobrina volaban hacia California y fueron amablemente recibidos por Charlie Howard, caballero afable y simpático que recogió a su nuevo preparador y se lo llevó inmediatamente al rancho que había adquirido recientemente en un terreno ideal para la cría caballar.

En cuanto el coche se detuvo ante la casa, Howard se apresuró a presentar a Shawn a su esposa, diciéndole:

—Me alegro de que no te hayas ido a la ciudad, querida mía. Quiero presentarte al señor O'Hara, nuestro nuevo preparador.

—Encantada de conocerlo, señor O'Hara —dijo ella, estrechándole la mano.

—Eso de «señor O'Hara» me cohibe un paquito —confesó el irlandés—, o mejor será que me llame Shawn, señora.

—Lady Maitland, de Londres, me ha hablado tanto de usted, que casi es como si le conociera de hace tiempo.

—Trabajé durante veinte años para lady Maitland.

—Ella le recuerda con verdadero cariño. Dice que usted es algo excepcional con los caballos. El mejor preparador del mundo.

—Lady Maitland exagera.

—Siendo él nuestro preparador, todo irá bien —afirmó la señora Howard, llena de entusiasmo.

—Estoy segura —contestó su marido. Y volviéndose al recién llegado, le preguntó—: ¿Qué dice usted, Shawn?

—Si me hubiese usted llamado señor O'Hara —exclamó Shawn estrechándole la mano—, ¡habría dimitido antes de empezar!

Por la tarde, después de la comida, Shawn recorrió el rancho en compañía de los Howard y, al terminar, el propietario tomó asiento en un sillón y dijo:

—Bueno, Shawn, ya lo ha visto todo. Y, ahora, ¿qué le parece nuestro rancho?

—¿Cuántos acres de tierra tiene en total?

—Seis mil.

—¿Y vió que la tierra ganase alguna vez una carrera de caballos?

Howard quedó un momento indeciso, sin comprender la pregunta del irlandés, pero luego, sonriendo, respondió:

—Quiere decir que tenemos muy pocos caballos, ¿verdad?

—Eso es.

—Tiene razón. Habremos de ir al Este a comprar algo. Yo ya he echado el ojo a algunos que, según creo, nos irán muy bien.

—Bueno, pues cuanto antes, mejor.

—¡Eh, un momento! — protestó la señora Howard, riéndose de buena gana ante el entusiasmo de los dos hombres —. No sé si puedo fiarme de ustedes y dejarlos ir solos de compras.

—Shawn cuidará de que nadie me engañe, mujer — la tranquilizó su marido —. Por cierto, Shawn, ¿tiene usted algún favorito para enseñármelo?

—No, de momento, no — mintió Shawn, procurando ocultar el enorme interés que tenía por determinado potro bayo que no podía apartar de su recuerdo —. Pero... ¡ah, sí, ahora recuerdo! Pensándolo bien, sé de uno que le gustará. Y que no debe de ser demasiado cara. Si, me agradará mucho comprar caballos con usted, señor Howard — exclamó restregándose las manos al darse cuenta de que aquel hombre confiaba por completo en él y aceptaría sus consejos —. Si, me agradará extraordinariamente.

Ahora, al fin, conseguiremos buenos resultados — dijo la señora Howard.

* * *

Howard asistió muy ilusionado a la primera subasta de caballos y potros que se celebra cada primavera en Saratoga, pero pronto se sintió aburrido y defraudado cuando Shawn se negó a comprar ninguno de los que se pusieran a la venta. Según el viejo preparador, había que esperar «algo mejor» que nunca acababa de presentarse.

Pero aquel día, cuando terminó la subasta, Shawn le señaló a Millford, que iba acompañado por el inevitable Carson, y le dijo:

—Ahora es el momento de comprar, señor Howard. Hable con él antes de que se vaya.

—Pero, vamos a ver, Shawn, ¿no hemos venido al Este a comprar lo mejor? ¿Por qué se ha encaprichado con ese potro de corta talla?

—Lo mejor es lo que le recomienda, señor Howard.

—¿Y he de comprar ese jamelgo? — se lamentó el otro.

—Exactamente. Y si lo compra usted y no resulta como yo digo, me comprometo a trabajar para usted durante diez años como mozo de cuadra y sin paga alguna.

—Está bien — rezongó Howard —. Vamos allá.

—No, no. Yo no quiero ir. Ya le veré a usted luego. Y, por favor, no olvide comprar también el contrato de Knowles. Consígalo cueste lo que cueste.

Howard salió de la tienda de lona donde se había celebrado la subasta y detuvo a Millford.

—Hola, Tom.

—Hola, Charlie — respondió el otro estrechándole la mano —. Ya te vi antes en la subasta. Este es mi entrenador, George Carson.

—¿Cómo está usted? — preguntó Howard saludando al cejijunto entrenador.

—¿Has comprado algo, Tom? — se interesó Millford.

—No, pero compraré ahora, si tú vendes — contestó Howard, con fingida indiferencia —. Esta tarde vi en la pista a un potro

tuyo, de tres años. Uno más bien pequeño, con las rodillas abultadas. «Seabiscuit», creo que se llama.

—¿«Seabiscuit»? — repitió Millford, extrañado de que al fin, alguien se interesara por el caballito —. ¿Para qué lo quieres?

—¡Hombre, no siempre se pueden comprar campeones! — se excusó Howard —. Deseo algunos caballos de poca precio para carreras baratitas. Vi que a ese lo ofrecían por seis mil para empezar, aunque nadie pujó. ¿Me lo das en ocho mil?

—Me parece que sí — replicó Millford, procurando ocultar la satisfacción que le producía librarse del potro —. ¿Qué dices tú a eso, George?

—La oferta es interesante, jefe — se apresuró a aprobar el entrenador —. Tenemos otros muchos como él.

—De acuerdo, Charlie — dijo Millford estrechando la mano de Howard para cerrar el compromiso.

—Bien, mañana pasaremos a recogerlo — aseguró Howard —. Por cierto, Tom, que empleé a O'Hara gracias a tu recomendación.

Al oír el nombre de Shawn tanto Millford como Carson se echaron a reír, comprendiendo al fin la causa del interés de Howard por «Seabiscuit». Y el comprador, asombrado por sus carcajadas, preguntó:

—¿De qué os reís? ¿He dicho algo gracioso?

—De nada, hombre. Es que ahora George y yo sabemos ya por qué quieres comprar a «Seabiscuit». Ahora escucha un consejo: cuando llegues con él a California, procura que O'Hara no le instale el pesebre en el salón principal de tu rancho.

Desde que «Seabiscuit» llegó al rancho, acompañado por Ted Knowles, Shawn O'Hara le dedicó toda su atención y apenas se preocupó de los otros potros y caballos. Día tras día hacía correr al potro por la pista del rancho, en competencia con otros caballos y cronometraba cuidadosamente las velocidades alcanzadas.

Para un profano e incluso para muchos entendidos, «Seabiscuit» era un caballo apático, capaz de desarrollar una rapidez impresionante, hasta el momento en que parecía perder todo interés en la carrera y se dejaba pasar por sus compañeros de pista.

Al principio los Howard no podían comprender el interés de Shawn por aquel caballo, mas, poco a poco, comenzaron a compartirlo y asistían puntualmente a los entrenamientos, convencidos de que su preparador conseguiría algo grande de «Seabiscuit».

—Hoy corrió bastante bien, Shawn — dijo Ted cuando estuvo al caballo ante donde se hallaban los dueños del rancho y el irlandés.

—Sí, corrió bastante bien... hasta que dejó de hacerlo — rezongó Shawn, preocupado —. Ted, ahora trabajas con un hombre excelente — añadió aprovechando que los Howard se hallaban a unos pasos de distancia y no podían oírle —. Ya le convencí para que comprara tu contrato.

—A mí no fué preciso convencerme — sonrió Ted —. Así me acercó más a los O'Hara..., no sé si comprende lo que quiero decir.

—Buena, aunque era viernes y trece, «Seabiscuit» no se dejó impresionar — comentó la señora Howard acercándose a ellos —. Llegó en tercer lugar. Eso ya está bastante mejor.

—Muchísimo mejor, señora Howard — contestó Ted.

—Antes colocaba de un modo especial las orejas en los últimos metros — dijo Shawn, que atendía a los menores detalles del carácter de «su» campeón —. Pero crea, señor Howard, que ya va sabiendo lo que debe hacer. Vamos a inscribirlo en la Carrera del Gobernador, dentro de una semana.

—¿La Carrera del Gobernador? — preguntó Ted, asombrado.

—¿Para la carrera principal?

—Sí — contestó Shawn.

—Creo que he contratado a un irlandés completamente loco — exclamó Howard, echándose a reír.

—No estoy de acuerdo contigo — respondió su mujer —. Puede usted inscribirla, Shawn.

—Gracias, señora.

—La gente se va a reír de nosotros, nena — suspiró el señor Howard cuando su preparador y el jockey se hubieran marchado —. Para ese premio se han inscrito los mejores caballos del país. «Azúcar», «Biography»... Caballos por el estilo.

—Sí, sí, pero recuerda lo que dijo Lady Maitland de él: «Sawn no se equivocó ni una sola vez».

—Lady Maitland nos está haciendo cometer muchas tonterías.

—Estoy segura de que no será así.

Poco después, cuando Ted entró al guarnés, encontró a Shawn que, con ayuda de unas tijeras, practicaba unos agujeros en las anteojeras de «Seabiscuit».

—¿Qué hace, Shawn? — le preguntó.

—Oye, Ted. Hoy llegaste tercero con un caballo que podía haber ganado con facilidad.

—¡Ah! ¿Eso es lo que usted opina? Soy un mal jockey, ¿no? — exclamó Ted, enojándose.

—No, es su manera de ser lo que le perjudica. Es demasiado sociable y eso le impide ganar. Se me ha ocurrido una idea, Ted. He hecho dos agujeros en sus anteojeras y quiero que tu hagas lo siguiente: la próxima vez que lo montes, llévalo a la cabeza, si puedes, y cuando voas de reajo que se te va acercando otro caballo dale a «Biscuit» tres fustazos con toda tu fuerza. Tres veces, nada más. Luego déjala correr junto a la valla. ¿Está clara?

—Sí, no es difícil.

—Eso tienes que hacerlo cada vez que «Biscuit» sea alcanzado. Tres buenos fustazos.

—Así comprenderá muy pronto que no se trata de ningún

juego y ya verás cómo echa hacia atrás las orejas para ver si vienen los otros. Después, ya no necesitarás pegarle. El mismo se cuidará de evitar el castigo, apretando el paso cuando, por los agujeros de las anteojeras, se dé cuenta de que se aproximan los demás.

—De acuerdo. ¿Y qué ganaremos con eso?

—Nada se pierde con probar — asintió Ted encogiéndose de hombros —. Haré lo que usted dice.

—Creo que saldrá bien — exclamó Shawn restregándose las manos.

Aquella idea, aparentemente sencilla y casi absurda, fué el fulminante que provocó la explosión de un éxito como nunca lo ha habido en los hipódromos del mundo entero.

«Seabiscuit» ganó fácilmente la Carrera del Gobernador y, a partir de aquélla, no fué batido por ningún otro caballo en todas las otras carreras en que tomó parte, hasta el extremo de que, al finalizar la temporada, el señor Howard pudo comprobar que su caballito de corta talla y estampa no demasiado brillante le había dejado en el balullo la bonita suma de un cuarto de millón de dólares.

Montado por Ted Knowles y bajo la vigilancia constante de Shawn O'Hara, «Seabiscuit» atravesó varias veces los Estados Unidos para tomar parte en las principales carreras del país. Y siempre, sin aparente esfuerzo, el valiente caballo de gran corazón, alcanzó la victoria, venciendo a caballos que, hasta entonces, parecían mucho mejores que él mismo.

Y en su Granja Millford, éste no cesaba de reprochar a Carson su consejo de vender a «Seabiscuit», que tanto les recomendara Shawn O'Hara.

LA GRAN CARRERA

—Bien, muchacho, Los Angeles dentro de dos horas. Ya falta poco —suspiró Shawn mirando el paisaje por la ventanilla del vagón del ferrocarril.

—¿A quién montaré primero mañana en Santa Anita? —preguntó Ted.

—«Fair Knightess», en el Handicap de San Carlos.

—¿Quién corre además de ella?

—Poca cosa —le aseguró Shawn—. Ella ganará.

—Margareta, ¿está en Los Angeles? —preguntó Ted vacilando, pues no había sabido nada de ella en los últimos meses.

—Sí, ya se ha graduado como enfermera.

—Mire, Shawn, lo cierto es que no puedo olvidarla.

—Lo que pasa es que no quieres olvidarla. Estás enamorado de ella, ¿verdad, Ted?

—Lo ha adivinado.

—Y también adivina que ella te quiere igualmente.

—Eso debiera solucionar el problema, pero no es así ni mucho menos —suspiró Ted.

—Has de tener paciencia con ella, Ted, Margaret procura huir del recuerdo de lo ocurrido a Danny.

—¡No huye de ello, Shawn! —protestó Ted—. Al contrario, conserva este recuerdo. Yo no sé, pero quizá si me viese llegar como ganador en una buena carrera quizá cambiara de opinión. ¿Qué le parece la idea, Shawn?

—No es mala. La llevaré al hipódromo mañana.

Shawn cumplió su promesa y al día siguiente se presentó en el hospital y abrazó a Margaret cuando ella bajó al vestíbulo.

—¡Hola, cariño!

—¡Cuánto me alegra verte! —exclamó ella—. Te encuentro muy bien. ¡Vaya con «Seabiscuit», tío! He leído todo lo que se ha escrito acerca de sus triunfos. ¿Qué pensarán ahora el señor Millford y Canon?

—Pues, según se dice por ahí, no están demasiado contentos. Pero ya te lo explicaré toda. Ahora cámbiate en seguida de vestido, porque te vienes conmigo a Santa Anita.

—«Seabiscuit» no corre esta tarde.

—No, pero verás a alguien que sin tener cuatro patas también se va a convertir en campeón. ¿Quieres que te diga su nombre?

—No, no es preciso —murmuró Margaret, que se había ruborizado—. Pero no puedo ir; estoy de servicio.

—Has de pensar más en ti misma —le reprochó su tío—. Lo que haces no está nada bien. Y nunca podrás ser feliz si te obstinas en esconder la cabeza como el ayestruz. Al contrario, levántala bien y haz frente valerosamente a la vida. Además, tienes la tarde libre.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La superintendente. Acabo de hablar con ella ahora mismo.

—¿Y le has dicho que nos íbamos a las carreras? —preguntó Margaret, en voz baja, pues sabía la opinión que aquella dama tenía acerca de ese deporte.

—¡Oh, no! Le dije que eres mi sobrina, que acabo de llegar de Irlanda y que no estaría en Los Angeles más que esta tarde.



— ¿Ves ese potrillo castaño? Se llama «Seabiscuit» y algún día será el más famoso del mundo.



— Soy el primer jockey de estas cuerdas. ¿Qué hay de malo en ello, señorita?



— ¿Por qué una muchacha como usted se niega a hablar conmigo?

— Porque es usted jockey.



— No es nada contra usted, Knowles. Pero mi hermano también era jockey... y murió en la pista.



— Toma el té, que irá muy bien para tu estómago.
— ¡Hum! Nunca creí que el té fuera algo tan bueno.



— ¿Adónde iremos esta tarde, Margaret?
— ¿No cree que va demasiado deprisa... Ted?



— ¿Siempre come tanto, Shawn?

— Yo no soy jockey, amigo mío, y puedo comer lo que quiero.



— Tú estás enamorada de Ted, chiquilla, y no lo quieres reconocer. Hoy me acompañarás al hipódromo.



—¿Por qué no te haces entrenador, Ted? No pasarías hambre.

—Es una buena idea, Shawn.



—Ahora ya estás curado, Ted. Y todo ha terminado entre nosotros.

—,Pero si sabes que yo estoy loco por ti!



— Me estoy haciendo viejo y necesito un ayudante.

— Come tarta, Ted. Ya no has de preocuparte del peso.



— Por ti estoy dispuesto a dejar mi profesión.

— Seré entrenador, en vez de jockey.



«Sesbiscoite» continuaba acaparando todos los premios, montado por el jockey Woolf.



—Woolf está ya comprometido. Habré de convencer a Ted para que monte otra vez a «Sesbiscoite».



— Nunca habrá otro caballo como este, muchachos.

— Y nunca un preparador como tú, tío Shawn.



— Estoy orgullosa de ti, querido Ted.

— Ya te dije que me retiraría como campeón.

—¡Valiente embustero estás hecho!

—No me haces justicia, Margaret — protestó Shawn, ofendido —. No he mentado. Tú eres mi sobrina y no hay duda de que he venido de Irlanda. Y aun es más cierto que esta misma noche vuelvo al rancho.

—¿Estás segura de haber hablado con la superintendente? La señorita Newsome no da un permiso tan fácilmente.

—Sí, hablé con ella. Una especie de bruja, con voz de cornetín y ojos tan rojos como un tomate — contestó Shawn, muy satisfecho, sin observar que la aludida se acercaba a él por la espalda.

—¿Era mi nombre el que he oído? — preguntó secamente.

—Sí, lo oyó usted, señorita — contestó Shawn en cuanto se hubo repuesto de su sorpresa —. Estaba hablando de una señorita Newsome de... del Condado de Kerry, en Irlanda. Y decía lo raro que resulta observar que una persona tan amable, buena y comprensiva como usted lleve el mismo nombre que aquella bruja irlandesa. — Tranquilizado por haber salido del apuro, se volvió a Margaret y con hipócrita acento añadió: — Anda, nena, cámbiate de ropa y llegaremos a tiempo a la iglesia de Todos los Santos.

Das horas más tarde, tía y sobrina llegaron al palco de los Howard, donde fueron recibidos amablemente. Y el dueño de «Seabiscuit» comentó, refiriéndose a la yegua, también suya, que aquel día montaba Ted Knowles:

—«Fair Knightess» puede ganar si sale bien.

—Oiga una cosa, señor Howard — le aseguró Shawn, deseoso de alabar a su protegido delante de Margaret —, no hay un jockey en el mundo que sepa arrancar un caballo mejor que Ted. — Y, volviéndose a su sobrina, le preguntó: — ¿Tú no lo has visto ganar todavía, verdad?

—No, yo no — murmuró ella, que parecía muy nerviosa.

—Pues creo que ahora vas a verlo. Fíjate bien en él.

—¡Ya salen! — exclamó la señora Howard, poniéndose en pie.

Ted, que sabía la presencia de Margaret en la tribuna, hizo una salida magnífica y en breve se situó en cabeza para iniciar el Handicap de San Carlos para el que debía franquear una serie de importantes obstáculos. Y «Fair Knightess» había sido bien preparada para esta clase de carreras y conocía bien el recorrido del «steeplechase» de Santa Anita.

Por medio de los potentes altavoces del hipódromo el locutor iba siguiendo la carrera desde su alta observatorio y su voz repetía, una y otra vez, el nombre de «Fair Knightess», al parecer ganadora indiscutible. Pero, al llegar al último obstáculo, un seto con foso, la hermosa yegua tropezó con las manos en el talud y rodó por el suelo, arrastrando a su jinete, que quedó tendido e inmóvil en el centro de la pista, librándose por verdadera suerte de ser atropellado por los otros caballos que llegaron segundos más tarde a la meta entre las aclamaciones de la multitud.

Al advertir la caída de Ted Knowles, Margaret, con los ojos llenos de lágrimas, se puso en pie y salió corriendo de la tribuna, sin hacer caso de las protestas de su tío, que quería retenerla a su lado. El remedio había sido peor que la enfermedad, pues con aquel accidente se reavivaron todos los temores y penosos recuerdos de la joven, que se confirmó en su intención de apartar para siempre de su corazón a Ted, que se exponía constantemente a sufrir la misma desgraciada muerte que su hermano Danny.

Pero Shawn era hombre de recursos y en cuanto hubo comprobado que Ted era debidamente trasladado al hospital de Los Angeles, se puso al habla con la señorita Newsome, superintendente del establecimiento sanitario, y usó con ella todos sus recursos de simpatía y adulación para convencerla de que debía encargar a Margaret del cuidado del jockey.

—¡Qué buena y comprensiva es usted, señorita Newsome!— exclamó al final, para halagar a la huesuda solterona.— Me agrada ver que está de acuerdo conmigo en que no es posible

huír de los hechos. Y cuanto más pronto afronte el problema, mejor será para los dos.

—De acuerdo, señor O'Hara— gorjeó la superintendente hecha unos micles — Su sobrina se encargará del paciente.

Así, cuando aquella noche Margaret se reintegró al servicio y se presentó a la encargada para recibir órdenes, fue enviada a la habitación número 17, donde había un caso de «fracturas y contusiones».

Mas apenas hubo reconocido a su nuevo paciente, el mismo Ted Knowles, que permanecía inconsciente bajo los efectos de un sedante, corrió al despacho de la superintendente, a la que dijo:

—Señorita Newsome, me han destinado a la habitación 17, . Servicio nocturno. Por favor, se lo ruego, destíneme a otro sitio. Ponga allí a otra cualquiera.

—¿Por qué? — preguntó la señorita Newsome sin levantar la vista de la hoja de papel en que estaba escribiendo.

—Es... Conozco al paciente. Un asunto personal — dijo Margaret, sin atreverse a confiarle que deseaba olvidar para siempre a Ted, pues temía enamorarse seriamente de él.

—Los asuntos y también los sentimientos personales no han de tenerse en cuenta en la profesión de enfermera — dijo la superintendente, como si recitase el reglamento del cuerpo —. Por consiguiente... seguirá ocupándose de ese paciente.

Y se entregó a su trabajo, ignorando la presencia de la atribulada Margaret, que acabó yéndose a obedecer las órdenes recibidas.

Fueran unas semanas de dura prueba para Margaret y de extremada satisfacción para Ted, que esperaba con impaciencia que ella entrase a cuidarlo durante las horas que marcaba el reglamento interno del hospital.

Mas, al fin, llegó el momento de despedirse y Margaret, después de ayudarlo a ponerse la americana, exclamó:

—Ya estás listo. Ahora llegará el doctor Fowles, te dará el alta... y ya podrás irte.

—Tú estás deseándolo, seguro — contestó él, entristecido.

—Una enfermera se alegra siempre de ver a su paciente salir curado de su hospital.

—Sí, sobre todo cuando ha sido una verdadera molestia para ella.

—No, Ted, no digas eso — exclamó ella, a punto de traicionarse.

Estaba deseosa de arrojarse llorando en sus brazos y decirle que también le amaba, responder afirmativamente a las peticiones que él le hizo durante su estancia en el hospital de que accediera a casarse... Pero no podía olvidar que Ted era un jockey y que, como tal, cualquier día podía encontrar la muerte antes de llegar a la meta.

—¿Por qué no he de decirlo? — preguntó él, amargado —. Bien lo has demostrado. Para ti, yo he sido simplemente otro paciente a quien debías atender.

—He procurado complacer todas tus deseos.

—Menos el más importante.

—¿Cuál?

—Este — exclamó Ted.

Y, al mismo tiempo, se acercó a ella para abrazarla. Margaret se apartó y Ted no pudo reprimir un gesto de dolor cuando intentó levantar el brazo que llevaba en cabestrillo.

—Ve con cuidado.

—¡Ojalá pudiese moverlo libremente! Bésame, Margaret.

—¡Basta de tonterías! — dijo ella, esforzándose en mostrarse severa —. No debes ni hablar de eso. Tú eres mi enfermo. Nada más.

—¡Siempre la enfermera! ¿No puedes ser sencillamente una mujer, aunque sólo sea por unos momentos?

—Lo intentaré.

Margaret se acercó a Ted y lo besó varias veces, dejándose llevar por sus sentimientos. Mas, al fin, pudo reaccionar y se apartó otra vez.

—Eso ya está mejor — exclamó Ted, maravillado —. Inténtalo otra vez.

—No. Nunca más — le aseguró ella.

—¿Por qué no? — Y, al ver que en ella ya no había ninguna alegría, sino temor y casi desesperación, le preguntó —: ¿Qué te ocurre? ¿Te has vuelto loca?

—¡Sí, completamente loca! — gritó Margaret —. Si no lo estuviese no te diría lo que voy a decirte. ¿Tú quieres...? ¿Tú quieres de verdad que me case contigo?

—Eso es lo que te dije en Kentucky, te lo sigo diciendo en California y lo mismo te pediría en cualquier lugar del mundo.

—Yo abandonaría mi profesión...

—Desde luego.

—Yo lo abandonaría todo — repitió Margaret intencionadamente —. Hizo una pausa e hizo la pregunta que había preparado. — ¿Y tú?

—Yo haría cualquier cosa que me pidieras. Sí, creo que lo haría.

—Sólo lo crees. Debes estar seguro.

—Estoy seguro de que haría todo lo que me pidieras.

—Muy bien. A ver, pues, qué dices a esto. Podrías... ¿Querías dejar la profesión de jockey?

—¿Dejar de ser jockey? — repitió Ted, como si no creyera lo que estaba oyendo.

—Yo no podría soportar que lo fueras. Sería lo mismo que destrozar constantemente mi corazón.

—¿Por qué no me pides que deje de respirar? — preguntó Ted muy apenado.

—Ya te comprendo — musitó Margaret.

—Oyeme, querida mía. Es mi vida. Todas esas personas, mis amigos... Sería abandonarlos a todos, ¿no lo comprendes?

—Sí, lo comprendo todo, Ted — repitió ella —. No debía ni habértelo preguntado... Espera aquí hasta que llegue el doctor y te dé el alta... Adiós y buena suerte.

Y salió de la habitación del muchacho sintiéndose muy desgraciada y sola, teniendo que renunciar al cariño del hombre que amaba.

* * *

Ted no podía disimular la envidia que le inspiraban los jockeys que estaban ensillando sus caballos cerca de la pista del gigantesco hipódromo de Santa Anita. Setenta mil espectadores esperaban impacientes que se iniciara el famoso Handicap de Santa Anita con un premio de cien mil dólares que, para muchas, iba a ser conquistado por «Seabiscuit», que el pasado año lo perdió por una distancia mínima con respecto a «Rosemount», su rival.

—No te preocupes, Ted —dijo Shaw, advirtiéndole el nerviosismo de su protegido. Woolf sabe su oficio— añadió refiriéndose al famoso jockey que iba a montar al favorito—. Lo hará correr como debe. Por algo le llaman el hombre de hielo. No perderá la cabeza en la carrera.

—Sí, George vale mucho, Shawn, pero... ¡cuánto me gustaría ser yo quien lo montase!

Los dos se acercaron a Woolf y Shawn, acariciando las espaldas de «Seabiscuit», comentó:

—Aquí hay mucha velocidad, Woolf.

—Ya procuraré aprovechar al máximo.

—¿Qué tal se siente el hombre de hielo? —le preguntó Ted.

—Me alegra verte otra vez, Ted— respondió el jockey estrechándole la mano—. Por eso es más interesante saber cómo te encuentras tú.

—Ya estoy bien, gracias. Aun quedaron algunas huesos enteros. Así que vas a montar a «Biscuits», ¿eh?

—Sí —contestó Woolf sonriendo—. Y debes saber que lo que me corresponda pienso partirlo contigo.

—¡Cada uno a su caballo! ¡A montar! —gritó el juez de pista.

—Sólo tienes un enemigo —recordó Shawn al jockey—. «Stagehand».

—Ya lo sé.

—¡Cuidado con él!

—¿Cree usted que ganará? —preguntó Howard cuando Shawn tomó asiento a su lado en el palco de la tribuna.

—Si gana será un milagro. En esa distancia, «Stagehand» lleva notable ventaja.

—¡Los caballos van a tomar la salida! —anunció el locutor por medio de los altavoces.

Fué una carrera maravillosa y «Seabiscuit», que se había quedado ligeramente rezagado, inició de pronto un «sprint» maravilloso que lo colocó junto a «Stagehand», batiendo en un sector del hipódromo todos los «récords» de velocidad nunca alcanzados. Luego, los dos pura sangre batieron ampliamente a sus rivales y entraron juntos en la meta, sin que nadie pudiera decir quién había sido el ganador.

Minutos más tarde los jueces, después de examinar las fotografías tomadas en la meta, anunciaron que «Stagehand» había entrado primero por una diferencia de milímetros con respecto a «Seabiscuit».

—¡Pobrecito! —suspiró la señora Howard.

—Señor Howard, yo ganaré con él esta carrera el año que viene —prometió Ted—. ¡Se lo prometo!

—El caballo se ha portado muy bien —dijo su propietaria.

—Muy bien, desde luego —asintió Shawn.

—Oigan —propuso uno de los redactores deportivos que se habían acercado a ellos—, ¿por qué no conciertan una carrera entre «Seabiscuit» y «War Admirals»?

—Son los dos mejores caballos de América— recordó otro periodista.

—Yo estaría dispuesto a acceder siempre que se hicieran condiciones justas para ambos caballos— contestó Howard.

—Y una bolsa interesante—dijo Shawn, que, como buen irlandés, no olvidaba nunca los asuntos económicos.

—¿Tiene preferencia por algún hipódromo?—preguntó el periodista.

—No, cualquiera donde quepa la mayor cantidad posible de gente—respondió Howard.

Así se planteó el más famoso desafío hípico que se recuerda en la historia de los hipódromos del mundo entero. Los dos caballos tenían la misma sangre de campeón en las venas, pues ambos descendían del famosísimo «Man O'War» y también los dos habían hecho la fortuna de sus propietarios al vencer en carrera tras carrera.

La expectación era inmensa y con enorme anticipación se contrataron todas las entradas disponibles para el hipódromo de Pimlico, en Baltimore, donde se había de celebrar la carrera en la que sólo podía haber un vencedor: «Seabiscuit» o «War Admiral»; que conseguirían la bolsa de quince mil dólares ofrecida.

Shawn O'Hara, que conocía muy bien las características de su rival especializada en la rápida salida, llamó a Wolf, el jockey, y le enseñó a azuzar a «Seabiscuit» para que tomara velocidad desde los primeros metros; a fin de que no se dejara adelantar por su peligrosísimo competidor.

Al fin llegó el día de la gran carrera. Las apuestas eran fabulosas y, sin embargo, nadie estaba seguro de cuál iba a ser el vencedor, ya que ambos caballos eran los favoritos de todos y tenían iguales condiciones para alcanzar el triunfo.

Las emisoras de toda América describieron la gran jornada y cualquier habitante de los Estados Unidos podía oír, gracias a su receptor, la emocionada descripción del locutor deportivo Fred Baker, que decía dominando el rugido de la inmensa muchedumbre allí congregada:

—Buenas tardes a todos. Bien, ya no tardaremos mucho en saber quién es el campeón de campeones, si «War Admiral» o «Seabiscuit». Los del Este están dispuestos a apostar todas las acciones que hay en Wall Street por el famoso «tres años»; los del Oeste dicen que «Seabiscuit» vale todo el oro que hay en sus montañas. Yo he estudiado detenidamente los resultados obtenidos por ambos y ahí va mi consejo: si quieren un ganador... ¡apuesten por los dos! Una cosa es cierta, desde luego: que, lo que sea, se va a ver esta tarde en Maryland. Cada caballo llevará sesenta kilos. El premio es de quince mil dólares, todo para el ganador, con salida lanzada. Por eso hoy todos los caminos llevan al Hipódromo de Pimlico, Maryland, donde se va a disputar la carrera del siglo.

»En la pista de Pimlico de la ciudad de Baltimore, el programa nos lo dice todo: ¡«Seabiscuit» contra «War Admiral»!, en la carrera más emocionante de todos los tiempos. Las apuestas son considerables en esta primera carrera de desafío que se celebra en casi un siglo entre dos caballos de la misma sangre. ¡Ya va a empezar! La enorme muchedumbre que aquí se ha reunido espera pacientemente. Va a ser una salida lanzada, no a caballo parado...

Los gritos de la multitud lograron sofocar por un momento la voz del locutor, quien explicó a sus invisibles auditores:

—«War Admiral» ha salido en primer lugar, pero ha sido anulado por haberse anticipado al sonido de la campana. ¡Vamos, muchachos, un poco de calma! Ahora están juntos esperando la señal y... ¡Ya han salido!—gritó entusiasmado—. «War Admiral», por dentro, con su rápida salida de siempre, mientras Woolf emplea el látigo con «Seabiscuit». Quiere batir a «Admiral» en su propia especialidad. Haciendo adelantar a «Biscuit», toma el mando en la primera curva. Los fanáticos de los dos caballos están verdaderamente asombrados. Nadie creía que «Seabiscuit» tuviese rapidez suficiente para adelantar tan rápidamente a un caballo como «War Admiral», pero así hemos podido verlo todos. ¡«War Admiral» acepta el reto y allá van los dos volando

sobre la pista! El jockey Kurtsinger pide aún más velocidad a «Admiral»...

»¡Ya lo alcanzó! Y sigue la batalla. Van cuello a cuello, sin separarse. Es una de las carreras más rápidas que hemos visto. La multitud grita al ver cómo el jockey Woolf pide más rapidez a «Seabiscuit». Solamente un magnífico pura sangre como él puede resistir un esfuerzo semejante. Los aficionados saben que uno u otro de estos dos maravillosos caballos ha de ceder al fin. Todos están nerviosos, pendientes del duelo, sin saber aún cuál será el que flaquea.

»¿Será «War Admiral» o será «Seabiscuit»? Sea cual fuere, estamos presenciando una de las carreras de caballos más emocionantes del mundo. ¡Ya no faltan más que unos cuatrocientos metros! A medida que se aproximan a la meta, Kurtsinger vuelve a emplear el látigo con «War Admiral», que viene por fuera. Ahora es el momento decisivo, jockey contra jockey, pura sangre contra pura sangre. Y en ambas caballos, la de «Man O'War»: su nieto junto a la valla, su hijo por fuera... Ya no es cuestión de rapidez, sino de corazón y valor. Y «Seabiscuit» se adelanta con trancos poderosos; el gran «cinco años», veterano de ochenta y tres carreras, dice a su rival: «¡Alcánzame si puedes!» ¡«Seabiscuit» llega a la meta ganador por cuatro largos!

»¡Con su victoria, «Seabiscuit» demuestra ser el campeón indiscutible de todos los caballos americanos.»

Sus últimas palabras fueron sofocadas por las aclamaciones de los millones de espectadores que acaban de ver la emocionante carrera que puso en juego apuestas por centenares de miles de dólares aparte del premio de quince mil que iba a parar a los bolsillos de Howard. Este no podía dominar su entusiasmo, que era superado aún por su mujer que repetía:

—¡Yo estaba segura de la victoria!

—Sí, una carrera maravillosa —comentó él—. Ahora, ¿me permites que te acompañe a recibir el premio?

—¡Pues claro que sí! —exclamó la señora Howard.

La victoria fué tan rotunda y definitiva que todos, incluso los

partidarios de «War Admiral», aplaudieron a «Seabiscuit» y a sus afortunados propietarios. Una nube de periodistas y fotógrafos les rodeó para abrumarles con sus preguntas y deslumbrarles con los fogonazos de sus lámparas eléctricas.

Y cuando hubo un poco de calma, Shawn O'Hara preguntó a Woolf, el jockey:

—Qué, ¿valía la pena de madrugar para enseñarle a «Seabiscuit» el truco de la salida lanzada?

—¿Que si valía la pena? — repitió el otro —. Estoy dispuesto a acudir a los cuatro de la mañana siempre que usted me lo pida.

SHAWN LO SOLUCIONA TODO

Inesperadamente, cuando todo el mundo esperaba aún más, mucho más, de «Seabiscuit», se produjo la irremediable catástrofe. Los propietarios del noble animal, los jockeys, los preparadores y el mismo Shawn estaban convencidos de que, aquel año, iba a ganar el Handicap de Santa Anita y, para ello, sometían a «Seabiscuit» a un cuidadoso entrenamiento.

Cierta mañana, después de demostrar una vez más su espléndida fuerza y velocidad en la pista del rancho de los Howard, el entrenador lo llevó a donde estaban los Howard.

—Da gusto montarlo, ¿eh, Ted? —preguntó la señora Howard, que miraba y quería a su caballo como si fuese un miembro más de la familia—. ¿Verdad que es hermoso?

—Sí, lo es —contestó su marido—. ¡Bien por «Seabiscuit»!

—Echa pie a tierra, Ted —ordenó Shawn, que parecía muy preocupado—. Haz que ande un poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Howard, alarmado.

—Eso no me gusta.

—¿Qué le ocurre?

—La mano derecha.

—¿La mano? Yo no he notado nada — dijo la señora Howard.

—La mueve de un modo extraño y deseo que no sea la que me parece — suspiró Shawn —. Ted, llama ahora mismo al veterinario.

—Sí, señor.

—No puedo decirlo con certeza, pero no me gusta en absoluto como tiene esa mano.

—¡Pero, Shawn, si no cojeaba en absoluto!

—El pobre animal procuraba no hacerla... Dudo mucho que podamos hacerla correr en Santa Anita.

—¡Por Dios, Shawn! — exclamó la señora Howard, apenadísima, pero sin sospechar la magnitud del daño que afectaba a «Seabiscuit» —. Lo que dice usted es terrible...

Dos días más tarde podía leerse en «Los Angeles Post»:

«SEABISCUIT» SE LESIONA. NO PODRÁ CORRER NUNCA MAS. EL MARAVILLOSO CABALLO DE CHARLES HOWARD SUFRE LA ROTURA DE LIGAMENTOS DE LA MANO DERECHA.

«La desgracia se abatía anteayer sobre el magnífico caballo «Seabiscuit», que sufrió la rotura de un ligamento. Esta grave lesión pone punto final a una de las más grandes figuras de nuestros hipódromos, ya que, según se nos dice, «Seabiscuit» no volverá a correr nunca más. Los buenos aficionados recordarán muchas veces con nostalgia a ese espléndido caballo que en su día fué el rey indiscutible de la pista.»

Con infinitas precauciones, «Seabiscuit» fué trasladado a una clínica para caballos y, un mes después, volvió al rancho, curado de su lesión pero incapacitado para las carreras. Cuando bajó del enorme camión dedicado al transporte de pura sangre, Shawn murmuró:

—Un buen soldado que vuelve de la guerra.

—Y con muchas batallas ganadas — añadió la señora Howard.

—No estaremos juntos en Santa Anita, amigo — dijo Ted acariciando su cuello.

—No digas eso, Ted — le reprochó Howard.

—¿Qué otra cosa puedo decir?

—Pues, no lo sé... ¿Qué opina usted, Shawn? — preguntó Howard.

—Yo creo que hay que dejarlo descansar tranquilamente en la yeguada — respondió Shawn sinceramente.

—¿No podrá curarse?

—Yo creo que no.

—Se ha ganado el descanso, Charlie — dijo la mujer de Howard.

—Pero usted curó a «Golden Girl», Shawn — insistió el dueño de «Seabiscuit».

—Era una yegua muy joven, que apenas había tomado parte en media docena de carreras llevando un jockey de poca peso. Este, en cambio, ha corrido casi cien veces. Treinta batiendo todos los records y con bastante peso sobre su espalda.

—Así, pues, no hay ninguna esperanza.

—En todo caso, muy remota — contestó el irlandés.

—Remota o no, hay que pensar en ella — exclamó Howard —. Ni siquiera usted podrá quitarme la fe en «Seabiscuit», Shawn.

—Como usted ordene.

—¿Cuál será nuestro plan? — preguntó Howard.

—Pues abandonarlo todo y dedicarnos exclusivamente a curarlo a él.

—Conforme en absoluto — afirmó Howard —. Ted, quédate con nosotros y nos ayudarás. También te acabaremos de curar a ti.

—Gracias, señor, me queda.

Tiempo después, Howard declaró a un periodista que acudió a interrogarle al oír vagos rumores de que «Seabiscuit» estaba nuevamente en forma:

—Pronto iniciamos el largo camino que había de permitirnos

recuperar a «Seabiscuit». Lo primero era descongestionar su mano, de lo que cuidaba diariamente Shawn. Era un trabajo lento, tedioso y para el que se precisaba mucho cariño, y nadie podía querer más a ese caballo que Shawn. Luego, lo dejamos vagar a su gusto, paciéndolo tranquilamente, lejos de las pistas de carreras y del nerviosismo de los muchedumbres. Yo también ayudé en lo que pude, haciéndole pasear para ir rehaciendo sus músculos, bajo la vigilante mirada de mi mujer que nunca perdió la fe en su caballo. Al fin empezamos a entrenarlo. A mí me agradaba mucho hacerlo en nuestra pequeña pista del rancho. No muy rápidamente, desde luego, sino más bien despacio. Como ya debe de saber usted, desde que era pequeño, «Seabiscuit» gustaba de las zanahorias y Shawn lo premiaba siempre con una al terminar el trabajo diario. Al parecer, los dos se divertían mucho. Y así pasamos al entrenamiento en una pista mayor. Despacio, al principio, pero «Seabiscuit» sabía cuál era su deber. Siempre se ajustaba al paso que nosotros le pedíamos. Dicen que un campeón nunca se rehace, pero éste fué la excepción que confirma la regla. Ya estaba en forma y deseando volver. Shawn y yo estamos entusiasmados como todos porque el favorito está ya dispuesto para disputar nuevamente el Handicap de Santa Anita.

* * *

Cuando Margaret se apeó del autobús corrió a abrazar a Shawn que la estaba esperando.

—¡Tío Shawn! ¡Hacia siglos que no te veía! —gritó.

—Bueno, ahora estaremos juntos dos semanas.

—No lo creas. Mis vacaciones se han reducido a dos días.

La señorita Newsome me ha dicho que las enfermeras son pocas y muchos los pacientes.

—¡Vaya una bruja!

—Y si me ha dejado venir —añadió Margaret sonriendo— es tan sólo porque se acuerda mucho de ti. Sentimentalmente. Me pregunta por ti con frecuencia. Has de ser prudente, tío Shawn.

—¿Pregunta por mí? —replicó Shawn estremeciéndose—. ¡Bah, no te preocupes! Ya hace tiempo que he renunciado a casarme.

—Ella también.

—Buena, dejémosla en paz. Hablemos de ti misma. Aquí te vas a encontrar en tu elemento, Maggie. Todos somos enfermeros.

—¿Cómo?

—El paciente es un caballito que se llama «Seabiscuit». Lo estamos preparando para que pueda tomar parte nuevamente en el Santa Anita.

—¡Pero si los periódicos dijeron que...!

—Yo también lo hubiese jurado —la interrumpió Shawn—. Pero ahora sé que, mientras pueda respirar, no hay quien acabe con ese caballo. Mañana Ted lo enfrentará con los dos mejores caballos del rancho.

—¿Ted? ¿Está aquí?

—¡Vamos, como si tú no lo supieras!

—Ya me había olvidado de él. ¿Cómo está?

—Recuperándose, igual que «Seabiscuit». Ya lo verás montándolo, en Santa Anita.

—No lo verá —anunció ella firmemente.

—¿Aun lo quieres, Margaret?

—Repito que no he vuelto a pensar en él.

—Pero sigue en tu corazón.

—Sí... y no pueda olvidarlo —confesó Margaret al fin—. ¡Que el diablo se lleve a Ted Knowles! —añadió, enojada por su fracaso.

—Tu felicidad, Margaret, es más importante para mí que to-

das las carreras, ¿Desaparecerían tus penas si yo lograra que Ted no volviera a montar nunca más?

—Sería la mujer más feliz del mundo. ¡Qué bueno eres, tío Shawn! — exclamó Margaret, abrazándole nuevamente.

—Espera un poco, que aun no lo he conseguido.

—No te será difícil encontrar un jockey tan bueno como Ted para montar a «Seabiscuit».

—Le dije a George Woolf que no se comprometiera, por si acaso Ted no se reponía a tiempo. Jockey por jockey, no hay mucha diferencia entre ellos.

—Así, ¿crees que las cosas saldrán a gusto de todos, tío Shawn?

—Esperémoslo, por lo menos — suspiró Shawn, preguntándose cómo lo conseguiría.

Pero inició la batalla inmediatamente, yendo en busca de Ted, al que encontró encerrado en un baño de vapor, del que sólo sobresalía su cabeza. Sudaba copiosamente y Shawn tomó asiento a su lado, mirándolo con fingida compasión.

—Así que otra vez vuelta al ejercicio, a sudar y a comer poco, ¿no es eso? — le preguntó.

—Desde luego. Hace ya dos semanas que no he comido nada bueno. Verduras y carne asada. Nada más.

—Tú pareces listo, Ted. — dijo Shawn, mirándolo como si lo viera por vez primera—. ¿Cómo es que te dedicaste a la profesión de jockey?

—¿Bromea, Shawn? Claro, hay que ser listo para llegar a la meta como ganador tantas veces.

—Muchacho, en este oficio los ms listos somos los entrenadores y preparadores.

—¿Cómo puede decir eso? — protestó el pobre Ted—. Nosotros ganamos más dinero.

—¿Y de qué te sirve el dinero si ni siquiera puedes satisfacer el hambre que te atormenta?

En aquel momento — un truco muy bien calculado — apareció

un muchacho llevando una bolsa de papel bastante grande que entregó a Shawn, diciéndole:

—Aquí tiene usted su almuerzo.

—Gracias, chica—contestó el irlandés sacando de la bolsa un jugoso muslo de pollo que ofreció a Ted:

—¿Quiéres?—el otro lo olfateó ansioso, notando que la boca se le hacía agua, pero Shawn lo retiró en seguida, excusándose—:

—¿Es que usted se pasa la vida comiendo?—preguntó Ted, indignado al observar el succulento contenido de la bolsa de papel parafinado.

—Perdona, es que hoy he de almorzar así, de prisa, cualquier casilla. ¡Ah, salchichas! Una de las mejores cosas americanas. ¿Y pensar que ya existían aquí, durante todos los años que he perdido en Irlanda! La verdad es que en el mundo hay cosas muy buenas para comer. Bistés y tartas, y buenas salsas. Un buen filete de cerdo, con salsa de manzanas... —Ted lo maldijo en voz baja y Shawn preguntó—: ¿Qué tal «Biscuits»? ¿Tomó ya su cabada esta mañana?

—Más ha comido él que yo. Me entraban ganas de robarle algo.

—Ahí tienes la vida de los jockeys. Pasáis hambre si no tenéis trabajo. Encontráis trabajo... y seguís pasando hambre.

—Usted dirá lo que quiera, Shawn, pero no hoy nada comparable a la emoción de ganar una carrera. ¿Dónde está entonces el preparador?

—A eso iba yo—le interrumpió el irlandés—. El preparador está sentado en la tribuna, cómodamente, con su novia al lado... Si la tiene, claro. Oyendo la música. Allí, sentado con toda tranquilidad cogiendo la mano de su novia... si la tiene, claro—repitió intencionadamente.

—Habla usted demasiado—gruñó Ted, enojado.

—Ven esta noche a cenar a mi casa—dijo Shawn.

—¿A cenar? ¿Cree que me he vuelto loco? ¿Se puede saber qué le ocurre, Shawn?

—Mira, si vienes, encontrarás allí la única cosa en el mundo

que a un joven de tu edad le interesa más que una buena comida.

—En tal caso, iré — prometió Ted, sonriendo.

Casi terminada ya la opípara cena que Margaret ordenara preparar a Wong, el cocinero chino, Shawn se acarició el vientre y suspiró, mirando a Ted:

—¡Hum! Yo ya no tengo tan buen apetito como en otros tiempos... ¿Qué tienes tú ahí, Ted? — preguntó mirando el triste plato del jockey — ¡Ah, zanahorias! También es el plato favorito de «Seabiscuits».

—Comías mucho mejor cuando estabas en el hospital, ¿verdad, Ted? — preguntó Margaret amablemente.

—Muy gracioso, muy gracioso — rezongó el pobre muchacho, hambriento, que acababa de soportar el espectáculo de toda clase de cosas apetitosas, prohibidas para él.

—¿Sabéis que esta mañana, al mirarme al espejo, he descubierto una cosa horrible? — preguntó Shawn de pronto —. Sí, me he dado cuenta de que me estoy haciendo viejo y que es muy difícil que vuelva la juventud. Por eso he llegado a la conclusión de que necesito a un muchacho que conozca y quiera a los caballos. Yo le haría mi ayudante desde ahora mismo y me sustituiría cuando yo sea más viejo y me retire a descansar... Bien, voy a ver a un caballo que parece tener un cólico.

Se puso en pie y se alejó con las manos en los riñones, gimiendo cómicamente, como si fuera víctima de un grave ataque de dolor. Pero, al darse cuenta que los dos muchachos no le hacían el menor caso, abandonó su comedia y salió tan campante de la casa, sonriendo al pensar en el buen resultado de su maquiavélico plan.

—¿No quieres un poco de tarta de chocolate? — preguntó Margaret cuando se quedaron solos.

—No, no puedo ni probarla — tartamudeó Ted —. Pero podría comerla tranquilamente si... ¿Te casarías conmigo si yo me convirtiera en el ayudante de tu tío Shawn?

—¿Crees que se refería a tí?

—¡Pues claro que sí! Todo eso es puro fingimiento. Su salud

es ahora mejor que nunca. Sospecho que todo eso ha sido idea tuya, Margaret — dijo, sonriendo.

—No, Ted. Ha sido idea suya enteramente.

—¡Oh, los O'Hara! Creo que a lo mejor me caso con uno...

—Los O'Hara hacen cualquier cosa por conseguir lo que se proponen. Y yo no soy una excepción — añadió echándole los brazos al cuello.

Ted la besó cariñosamente y luego buscó en su bolsillo para sacar un anillo con un brillante que ofreció a la joven. Ella lo aceptó emocionada y gritó:

—¡Ted, coriño, brilla tanto como mi propio corazón! ¿Por qué lo trajiste esta noche? ¿Es que lo tenías todo preparado con el tío Shawn?

—Lo compré el día antes de que me llevaran al hospital — contestó Ted—. También los Knowles saben conseguir lo que quieren.

—No sabes cuanto te agradezco que, por mí, dejes lo que más quieres.

—Lo que más quería antes, ya no importa — exclamó él abrazándola nuevamente —. Ahora sólo te quiero a ti.

—Creo que puedo esperar a retirar los platos — se dijo Wong, el cocinero, al aparecer en el comedor.

Y Shawn, que los miraba desde la ventana, suspiró, complacido:

—¡Oh, el amor!

Dos días más tarde, sintiéndose muy alegre y satisfecho por su éxito, Shawn O'Hara llamó por teléfono a George Woolf, el jockey conocido por «el hombre de hielo», para anunciarle que le necesitaba para montar nuevamente a «Seabiscuit» en el Handicap de Santa Anita.

Y fué él quien se quedó helado cuando el otro le comunicó que se había comprometido una semana atrás, al enterarse de que Ted Knowles iba a montar al gran «Seabiscuit». Resultaron inútiles todas sus súplicas y Shawn hubo de colgar el teléfono dicién-

dose que aquello representaba una catástrofe irremediable a menos que...

¡Ted Knowles!

Lo encontró en sus nuevas funciones de ayudante de entrenador y le abordó en el octo diciéndole:

—Acabo de recibir una mala noticia, Ted. George Woolf se ha contratado con los del Circle K. para montar a «Heelfly».

—¿De veras?

—Estamos en un verdadero apuro. Y no hay más que una salida —añadió mirándole fijamente.

—Sí, mala suerte... — Pero, al advertir la expresión del rostro de Shawn, Ted gritó, apartándose —. ¡No, señor! ¡Ni pensarlo siquiera! Yo estaré cómodamente sentado en la tribuna, con mi novia al lado.

—Un momento, Ted. Fíjate bien, muchacho, tú eres el responsable de todo. No tenías derecho a decirle a George que ibas a montar a «Biscuit».

—Bueno, yo...

—¡No intentes eludir tu responsabilidad, Ted! Tienes toda la culpa, ¿Vas a dejar que fracase el señor Howard? ¿Y, al mismo tiempo, a mí, tu futuro tío? ¿A Margaret, la mujer que quieres?

—¡Miren quién habla! —gritó Ted, enojándose—. ¿Quién me convenció para que abandonara mi profesión? ¿Quién me habló de comida hasta hacerme vacilar en mis buenos propósitos?

—¡Bah, la comida para los cerdos! —exclamó Shawn, con infinito desprecio.

—¿Quién casi me obligó a aceptar este cargo de ayudante?

—Era un viejo el que te hablaba, muchacho —gimió el ladino irlandés—. Y los viejos tienen la sangre helada en las venas. No debiste hacer caso de mis tonterías.

—No sé, no sé. Pensándolo bien, creo que prefiero quedarme sentado en la tribuna.

—¡No lo permita el cielo! ¿Cómo podría ocurrirme que un joven, de sangre ardiente y valeroso, pudiera cambiar su silla de

montar en un caballo ganador por un duro asiento de piedra en la tribuna?

—Diga lo que quiera, porque no me convence. Además, se lo prometí a Margaret.

—¡Oh, sí, desde luego, lo prometiste! — exclamó Shawn imitando su tono de voz —. Pero ¿lo prometiste de corazón? ¿Es que realmente te agradaría ver a otro jockey corriendo con «Seabiscuit»? ¿Eres tú hombre capaz de dejarte disuadir por un viejo como yo de que consigas la victoria más grande del mundo, ganando el Santa Anita? ¿Te atreves a comparar el aburrimiento de estar sentado viendo la carrera a entrar victorioso con tu caballo por la entrada de los ganadores? Y cuando se lance tu caballo, al iniciar la carrera, y sientas volar a «Seabiscuit», firme y seguro...

—¡Cállese ya! — gritó Ted —. ¡Bien sabe usted que daría mi ojo derecho por hacerlo!

—No debiste interrumpirme — le reprochó Shawn, dándose cuenta de que el muchacho ya estaba sugestionado —. Ya casi te tenía ganada la carrera.

—Pero no la ganaré — dijo Ted arriando velas —. Cuando Margaret vuelva quiere encontrarme convertido en entrenador, y así será.

—Ted, escucha un consejo — contestó Shawn, con acento casi paternal —: los O'Hara nunca sintieron amor hacia los hombres a quienes podían dominar. Sí, recuerdo el caso de mi tía abuela Sheila. ¡Una belleza como no había otra! Y todas las jóvenes de los contornos dispuestas a ser sus esclavas. ¡Pues soltera bajó a la tumba! No quería tener esclavos. Quería ser ella la esclava de amor — declamó con la habilidad de un gran farsante —. Y Margaret es muy parecida a Sheila.

—Buena — murmuró Ted meneando la cabeza —, le escribiré a Margaret y...

—¡No, no, no! Deja que se lo diga yo mismo — exclamó Shawn, temiendo que Margaret se opusiera, indignada —. Cuando ella vuelva a verte caerá en tus brazos, rendida de amor; más enamorada aun al darse cuenta de que eres un hombre de ca-

rácter, con voluntad propia. Deja, deja. Ya se lo diré. Ella es una O'Hara y los O'Hara nos entendemos unos a otros y siempre nos ayudamos.

—Bien, Shawn, de acuerdo—dijo Ted, aliviado y contento—. Siempre y cuando usted arregle el asunto con la futura señora Knowles.

—¡Conforme!—prometió Shawn—. Y ahora a la cámara de vapor, a sudar toda esa tarta de chocolate. ¡Vamos, de prisa, o tendré que emplear el látigo contigo!

...

Cuando Margaret volvió al rancho el siguiente sábado y se asomó a la ventana para dirigir una mirada a los verdes prados, lo primero que pudieron ver sus ojos fué a Ted Knowles galopando sobre «Seabiscuit», mientras tío Shawn, con el cronómetro en la mano, calculaba el tiempo que invertía en dar la vuelta completa a la pista.

—¡Wong!—llamó la muchacha.

—Diga, señorita—replicó el cocinero chino.

—¿Cuándo ha empezado Ted a montar de nuevo?

—Pues uno o dos días después de que la señorita se marchara la última vez. ¡Va a montar a «Seabiscuit» en la gran carrera!—añadió entusiasmada, sin advertir el disgusto y desilusión que se reflejaban en las bonitas facciones de Margaret— Wong ya hizo su apuesta.

—Ya comprendo. Llama en seguida un taxi para mí.

—¡Pero si la señorita acaba de llegar!

—¡Llama un taxi! Y dale esto al señor Knowles cuando lo veas — añadió entregándole su anillo de compromiso.

Luego, con los ojos arrasados por el llanto, comenzó a rehacer su equipaje. Mientras tanto el chino fingió llamar por teléfono, pidiendo un taxi e inmediatamente salió a la carrera, al encuentro de los dos hombres que estaban hablando junto a la pista de carreras.

—Ted, tú y este caballo — decía Shawn — formáis un solo cuerpo. Es la poesía del movimiento.

—Dispensen, por favor — exclamó Wang, al acercarse a ellos —. Señorita está en casa, pero vaya pronto, como relámpago. Señorita le vió a usted montando y dijo a Wang le trajera eso.

Le dió el anillo con el brillante a Ted y éste hizo estallar su cólera contra el viejo Shawn:

—¿Conque usted lo había arreglado todo? Ella es una O'Hara y los O'Hara se entienden muy bien, ¿verdad? ¡Usted le escribió, explicándoselo todo!

—Bien, debo confesar que no escribí la carta — contestó Shawn, muy apurado y contrito —. Me pareció mejor tratar el asunto de palabra.

—¡Muy bonito, hombre!

—Urge acción rápida, como final carrera — se permitió aconsejar el chino.

—¡Tú lo has dicho! — exclamó Ted —. Usted ha sido el causante de todo, Shawn; y ahora usted tiene que hablar con Margaret. ¡Y creo que le conviene hacerlo cuanto antes!

—A mi me parece que debías hacerlo tú mismo, muchacho. Los enamorados tienen mayor facilidad que los viejos para resolver estos pequeños problemas sentimentales...

—¡Pequeños problemas! — gritó Ted —. ¡Vamos, viejo astuto! Vaya usted ahora mismo a hablar con ella y convénzala, porque, en caso contrario, abandono todo eso inmediatamente.

—Bueno, muchacho, calma, calma... —dijo Shawn, asustado por aquella amenaza—. Ya sabes que tus deseos son órdenes para mí.

Siguió a Wong hasta la casa y llegó a ella con el tiempo justo para arrebatarse el teléfono de manos de Margaret, que se disponía a insistir pidiendo un taxi que, según creía, ya había pedido el cocinero.

—¡Dame ese teléfono, Shawn O'Hara! —exigió la jovencita.

—Vamos, Maggie, nenita... —suplicó su tío—. ¡Cálmate, por favor, ya...!

—¡Todos los hombres sois iguales!

—Vamos, Maggie, no te desboques...

—¡No me digas nada que me recuerde los caballos! —ordenó Margaret.

—Si quisieras escucharme, te lo explicaría todo. Ocurrió algo inesperado. Woolf se contrató para otros y Ted se vio obligado a salvar la situación.

—¿Y por qué Ted precisamente? Había muchos jockeys dispuestos a aceptar.

—Ninguno conoce tan bien como él a «Seabiscuit». Y lo cierto es, Maggie, que hube de insistir mucho para convencerle. Pero, finalmente, le dije que tú acabarías comprendiendo las cosas.

—No debí dejarlo solo contigo. Tú siempre estás tramando algo. Y dime una cosa, Shawn O'Hara, ¿por qué había de acabar comprendiendo las cosas del modo que tú quieres que las comprenda?

—Porque la promesa que te hizo habría acabado amargando al chico. Estaba perdiéndose el respeto a sí mismo y pronto también te lo hubiera perdido a ti. Anda, ahora ve a hablar con él y dile que estás más satisfecha que nadie de que sea él quien lleve a «Seabiscuit» en el Handicap de Santa Anita.

—¡Yo no puedo hacer eso! ¡Debes darte cuenta! —exclamó Margaret, impresionada, a pesar suyo, por los argumentos de su tío—. ¡Tú sabes muy bien cuáles son mis sentimientos y mis temores!

—De lo que me doy cuenta, Maggie, es de que te falta valor.

—¡No te permito que me digas eso!

—Margaret, no has hecho más que huir, huir de tu problema, en vez de dar media vuelta y plantarle cara. Ted tomará parte en la carrera. Y quiero que tú estés conforme, que te agrade que lo haga. Es el único modo de curarte de tu tonto temor.

—¿Desde cuándo tu experiencia sobre caballos se ha ampliado también a las mujeres? Tú... maldito entremetido, hombre de dos caras...

—¡Oh, lo que dice, señorita Margaret! —dijo Wong, escandalizado.

—¡Y pensar que es de mi propia sangre! —exclamó Shawn, fingiéndose muy resentido mientras la vela salir dando un portazo.

Ella encontró a Ted junto a la cuadra de «Seabiscuit» y parecía confiar sus penas al caballo.

—¡Margaret! —dijo al verla.

—¡A ninguna mujer la hicieron sufrir tamaña humillación! —protestó ella—. Dejar que un caballo le robe el novio...

—¿No dirás en serio que hemos terminado, verdad?

—No deseo bromear, Ted. Vine a decirte adiós y a desearos a los dos, a ti y a «Seabiscuit», buena suerte.

—Pero... ya pensé que me perdonarías cuando te enterases de todo.

—¿Perdonarte por haber dejado que el charlatán de tío Shawn te convenciera?

—No pretendo ampararme en tu tío —dijo Ted.

—¡El viejo astuto! ¿Con que no? ¿No me dirás que él nada tuvo que ver en todo eso?

—Yo lo hubiese hecho de todos modos —le aseguró Ted, con firmeza—. Porque te quiero, pensé que, en efecto, debía abandonar mi profesión. Pero me equivocaba, porque habría sido un reconocimiento de mi propia derrota. Y, de acuerdo con lo que sé acerca de los O'Hara, a ti no te habría gustado un fracasado.

De modo, pues, que me retiraré como vencedor... o no lo haré nunca.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme, Ted? —preguntó Margaret.

—Sí, además de decirte que te quiero.

En aquel preciso momento «Seabiscuit» levantó su espléndida cabeza para relinchar fuertemente. Eso rompió la tensión reinante entre los dos enamorados y antes de que ninguno de los dos pudiera reflexionar se vieron el uno en brazos del otro, olvidando todos sus problemas para pensar tan sólo en su grande amor.

TRIUNFO DEFINITIVO

Tanto los técnicos como los profanos creyeron que los Howard habían inscrito al «pobre» «Seabiscuit» en el Handicap de Santa Anita como un gesto romántico. Los campeones nunca se rehacen... «Seabiscuit» ha pasado ya a la historia... Hay mejores caballos inscritos...

Pero todos se equivocaban porque, en el curso de la carrera más disputada y emocionante que se recuerda, «Seabiscuit», montado por Ted Knowles, los alcanzó a todos y luego, con tranco insuperable y una fortaleza más propia de una máquina que de un animal vivo, los pasó limpiamente y llegó en primer lugar a la meta, provocando una auténtica tempestad de gritos, ovaciones y aullidos de admiración, o de pena por parte de quienes habían apostado contra él.

Una nube de periodistas, reporteros, admiradores y curiosos rodearon al magnífico caballo, que era acariciado por los Howard y por Shawn, que, en aquel momento, veía premiados todos sus esfuerzos y confirmada su profecía de que «Seabiscuit» llegaría a ser el campeón indiscutible de los hipódromos americanos.

—Hoy es un gran día para nosotros, Shawn — dijo la señora Howard.

—Sí, señora, un gran día.

—Dicen que pudo haber ganado «Kyack» — observó uno de los periodistas, refiriéndose al caballo que llegó en segundo lugar, también perteneciente a la cuadra de los Howard.

—¡Ah, eso dicen ahora! — se rió Howard —, ¿Qué opina usted de eso, Shawn?

—Que hoy ningún caballo habría podido ganar a «Seabiscuit».

—Eso mismo digo yo, muchachos — exclamó Howard.

—Y yo — añadió su mujer.

—¡Sonríe, Ted! — ordenaban los fotógrafos impresionando sus placas para la prensa —. Mira hacia acá. ¿Qué te ocurre? ¿No te alegra la victoria?

Pero Ted no estaba en aquel momento preocupado por la fama sino porque no veía a Margaret. Y cuando la descubrió se apeó de un salto y corrió a su encuentro para abrazarla estrechamente.

—Te dije que me retiraría de ganado, ¿eh? — le preguntó.

—Eso es — contestó Margaret antes de besarlo nuevamente.

Luego fueron obligados por los fotógrafos a sonreír y dejarse retratar, mientras, desde un rincón, el viejo Shawn los miraba guiñando los ojos.

Sí, aquel viejo irlandés tenía algo de magia, como afirmaba su sobrina. Quizá era un tuno y un pillastre, pero conocía tan bien el corazón humano como... como las posibilidades que tenía un potro de llegar a campeón.

EPILOGO

Al año siguiente todos se congregaron nuevamente en Santa Anita, pero no con motivo de unas carreras, porque «Seabiscuit» estaba pasciendo tranquilamente en los verdes prados del rancho de los Howard. Y el que presidía el acto, después de hacer un resumen de la maravillosa historia de aquel caballo único, terminó diciendo:

—...Y esta es la vida del grande, del único, de «Seabiscuit», uno de los más famosos caballos de carreras de nuestros tiempos. Aficionados y propietarios de todo el país os habéis reunido aquí esta tarde, en el Hipódromo de Santa Anita, para asistir a esta ceremonia. Ahora, la señora de Charles Howard va a descubrir la estatua. ¡Adelante, señora Howard!

Ella obedeció tirando del lienzo que cubría la espléndida estatua en bronce de «Seabiscuit», que parecía mirar, con orgullo, el escenario de sus triunfos.

—Mira, ahí lo tienes —murmuró Ted, mientras todo el mundo aplaudía—. Ganas me dan de montar de nuevo en él y llevarlo a la meta.

—¡Oh, Ted! —protestó Margaret.

—Pero no te preocupes. El le quita las ganas de montar a otro caballo cualquiera. Ya sabes, nena, que ahora no soy jockey. Mientras esos muchachos luchan por el primer puesto, con las ojos llenas de barro, yo estoy en las tribunas...

—Ya sé — lo interrumpió Margaret —. Cómodamente sentado, con...

—...mi novia a mi lado — dijeron los dos al mismo tiempo, echándose a reír.

Y cuando el grupo comenzó a dispersarse, Shawn O'Hara obtuvo aún otra victoria al encontrar al señor Millford y a su inseparable entrenador, George Carson.

—Buenas días — dijo melifluamente —. Hermoso tiempo, ¿eh?

—Sí, Shawn — contestó Millford.

—Un día magnífico, ¿verdad? — insistió Shawn.

Al alejarse, pudo oír cómo Millford exclamaba:

—¿Y pensar que tú mismo me hiciste venderla por ocho mil dólares!

Carson extendió los brazos en cruz y, con el acento de un mártir condenado a la hoguera, se lamentó:

—¿Aun no me lo ha dicho bastantes veces desde hace cinco años, jefe?

Shawn se rió silenciosamente y se restregó las manos con fuerza.

La mejor literatura
la encontrará Ud. en

Ediciones Biblioteca Films

«Serie especial»

CUANDO QUIERE UN MEXICANO
ASI SE QUIERE EN JALISCO
DIEGO BANDERAS
PERJURA
JORGE NEGRETE (Biografía)
LA CAMARA DIABOLICA (1.ª parte)
EL RAYO DE LA MUERTE (2.ª parte)
LA DOLOROSA
TARZAN DE LAS FIERAS
LA MADRINA DEL DIABLO
SARGENTO YORK
SEDA, SANGRE Y SOL
UNA CARTA DE AMOR
UNA MUJER INTERNACIONAL
MI NOVIO ESTA LOCO
¡AY, JALISCO NO TE RAJES!
TAMBIEN SOMOS SERES HUMANOS
LA VENGANZA DE LAGARDERE
CAMINO DE SACRAMENTO
DESTINO
EXTRAÑA MUJER
LA DAMA DE LA FRONTERA
MORENITA CLARA
MONTECASSINO

«Serie especial»

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
COMO MEXICO NO HAY DOS
EL AMETRALLADORA
¡VIVA MI DESGRACIA!
TORTURA
EL FANFARRON
UNA CANCION EN LA NOCHE
ALADINO Y LA LAMPARA MARAVILLOSA
MUJERES
GRAN CASINO
HOMBRES DE PRESA
EL MUNDO CELESTIAL
EL AHIJADO DE LA MUERTE
LOS TRES GARCIA
EL VERDUGO
NOCHE ETERNA
PASION QUE REDIME
NUNCA LA OLVIDARE
NOCHE Y DIA
EL BARCO DE LA MUERTE
PAULA
PERLA MALDITA, SHERLOCK HOLMES
FANTOMAS CONTRA FANTOMAS

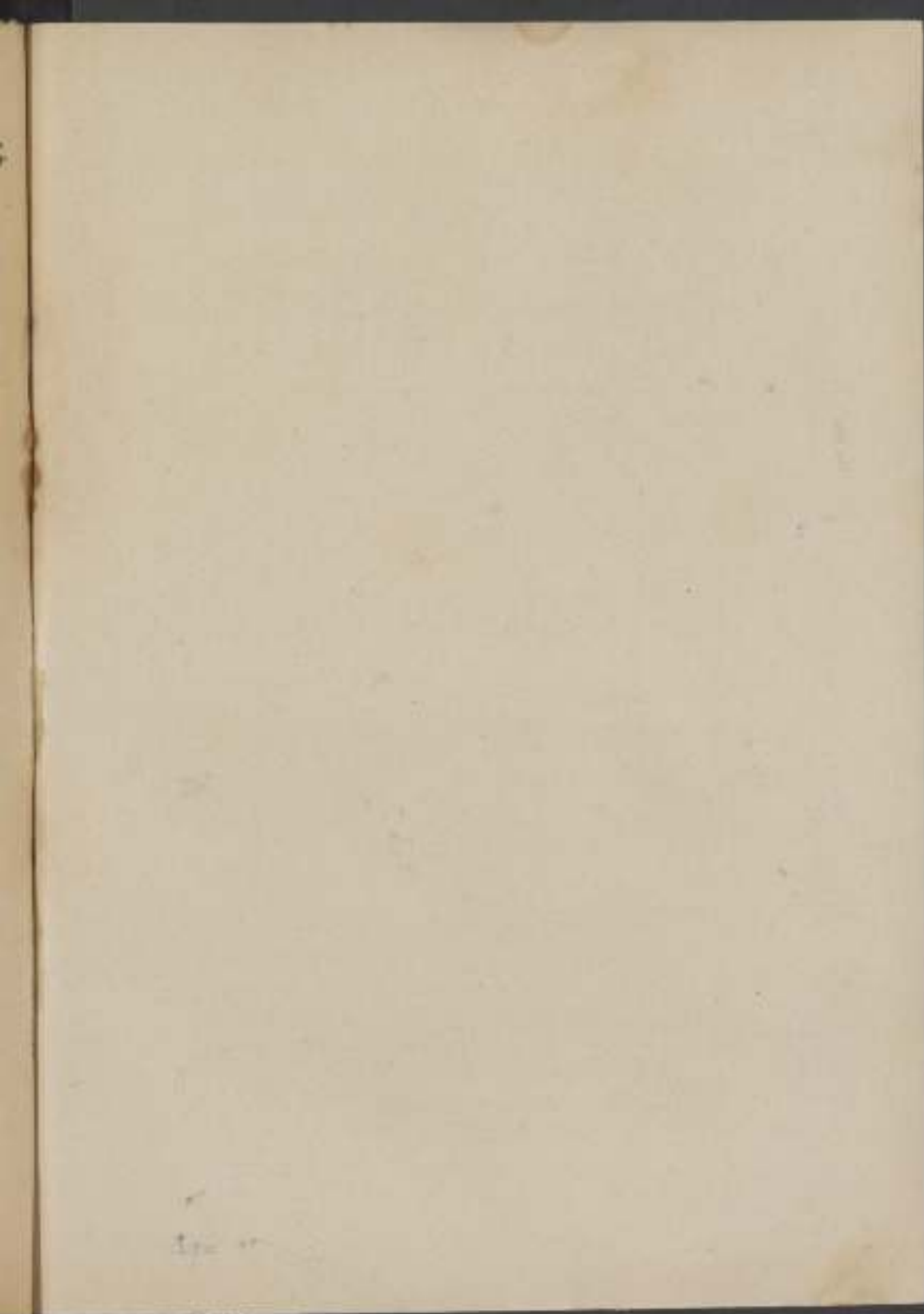
3'50 Ptos.

Jorge Negrete
Jorge Negrete
Jorge Negrete
Jorge Negrete

Flash Gordon
Flash Gordon
Rosita Diaz
Buster Crabbe
Jorge Negrete
Gary Cooper
Jorge Negrete
Jorge Negrete
George Brent
Dennis O'Keefe
Jorge Negrete
Burgess Meredith
Jorge Negrete
Jorge Negrete
Ingrid Bergman
Hedy Lamarr
Ivonne de Carlo
Evita Muñoz (Chachita)
Ubaldo Lay

4'— Ptos.

Rafael Rivelles
Tito Guizar
Pedro Infante
P. Infante - Trio Calaveras
Stil Jarre
Jorge Negrete
Domingo Soler
Cornel Wilde
Joan Crawford
Jorge Negrete
John Wayne
Hedy Lamarr
Jorge Negrete
Pedro Infante
Margarita Andrey
Henry Fonda
Hedy Lamarr
Irene Dunne
Cary Grant
Glenn Ford
Glenn Ford
Basil Rathbone
Aimee Clariond



CANCIONEROS DEDICADOS
AL DIVO DE LA CANCION

Antonio Machín

1 peseta

ANTONIO MACHIN
Angelitos negros

ANTONIO MACHIN
El divo de la canción

ANTONIO MACHIN
Dos gardenias

2 pesetas

ANTONIO MACHIN
Añoche hablé con la luna

ANTONIO MACHIN
«Cancionero Internacional»

ANTONIO MACHIN
Boleros de moda

ANTONIO MACHIN
Nuevas creaciones

ANTONIO MACHIN
Melodías de Color. Nuevas canciones

ANTONIO MACHIN
Cancionero. Afrocubano

COMPLETE USTED LA COLECCION DEL
MAS SELECTO ARTISTA DE MODA

4 pesetas

